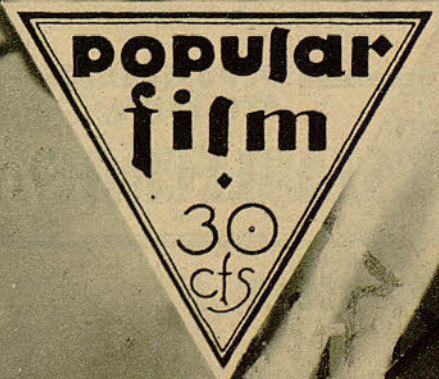


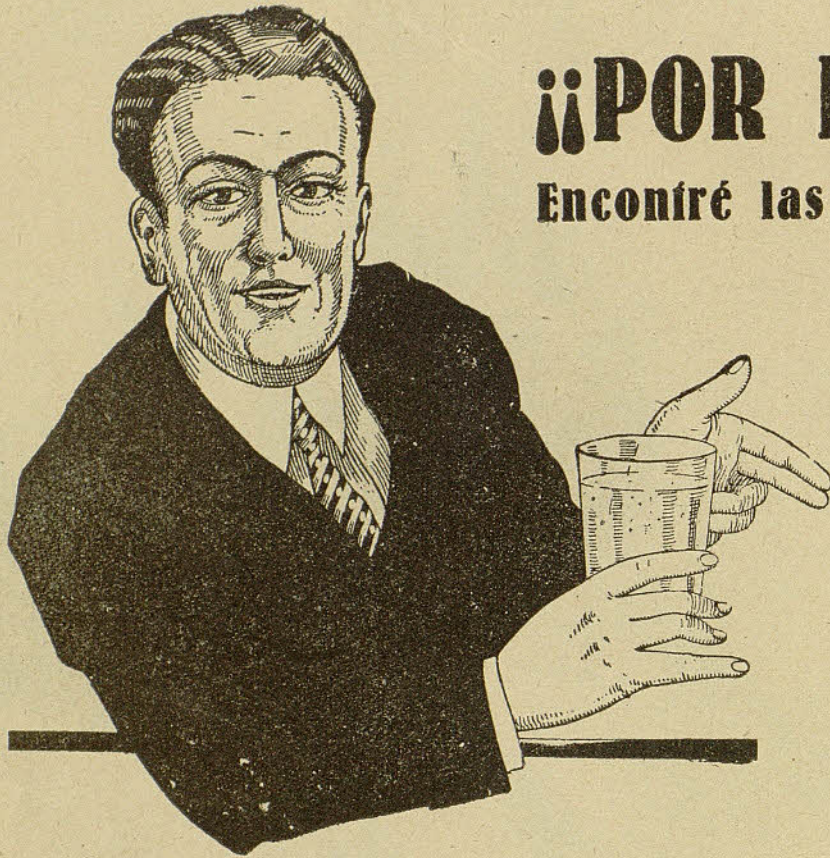
FilmoTeca
de Catalunya



SALES LITÍNICAS DALMAU

EFERVESCENTES

PRODUCTO NACIONAL



¡¡POR FIN!!

Encontré las mejores y más económicas.

Para
combatir
la

Gota,
Reumatismo,
Artritis,
Enfermedades del estómago,
Estreñimiento,
Hígado,
Riñones,
Vejiga,
Hiperclorhidria,
etcétera



Se expenden
en

VASOS y CAJAS

de cristal de
12 paquetes
para preparar
12 litros

metálicas de
15 paquetes
para preparar
15 litros

CAJAS GRANDES

de 120 paquetes para preparar 120 litros de la mejor y más económica

agua mineral de mesa

DEPOSITARIOS
EXCLUSIVOS

ESTABLECIMIENTOS DALMAU OLIVERES, S. A.

PRINCESA, 1

BARCELONA

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

Director musical: Maestro G. Faura

15 DE OCTUBRE DE 1931

Delegado en Madrid: Luis Gómez Mesa

María de Molina, 92

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barbrá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irán
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

TEMAS DE AHORA

Réplica de aclaración a Mateo Santos

QUERIDO compañero: Desde el primer instante discrepamos usted y yo acerca del Congreso Hispanoamericano de Cinematografía. Sin duda por conocerlo usted en su exterior, en su fachada y superficie y yo por dentro: en su organización y proceso.

Porque sé de su independencia, de su rectitud, admití esa disparidad nuestra de opiniones sin concederle ninguna importancia. El hecho de pertenecer a un mismo periódico no obliga a pensar de igual modo en todas las cuestiones, a una coincidencia absoluta de criterios. Y la prueba es que mientras usted combatía, en su perfecto derecho, a ese Congreso, yo en mis «Planos de Madrid»—que firmo con el seudónimo de «El Último»—divulgaba su desarrollo y lo elogiaba. Ocurría que se destacaba una contradicción, señal evidente de la imparcialidad y respeto mutuo de cuantos escribimos POPULAR FILM.

Pero es que en su artículo «Tinglado y farsa del C. H. C.», publicado en el número del día primero de este mes, ya no marchamos sobre el asunto guiados por juicios distintos, en líneas paralelas que miran las dos a una buena intención, pero que no se encuentran. Sino que circunstancias de apreciación nos colocan frente a frente.

Define usted en su artículo a ese Congreso como «creado y dirigido por fascistas, upetistas y reaccionarios de toda laya». Y le atribuye propósitos personalistas, de ambición y aprovechamiento.

La acusación es general, para todos nosotros.

Y he de decirle, querido Mateo, que por lo que atañe a los que principalmente le prestamos nuestro entusiasmo y colaboración y llevamos las «cargas» de cargos responsables, no somos nada de eso—le consta a usted—y si que nuestra finalidad única es hallar, en esta hora propicia para el cinema hispánico, el camino verdadero que nos conduzca al logro de muy fuerte producción pelicular.

Nuestra gestión es de deber. No de mezquindad.

Y el procedimiento de convocar un Congreso—con voz y voto para quien quiera asistir—no puede ser más democrático. Más enemigo de monopolios y exclusivismos; palabras estas que nunca fueron de nuestro agrado y simpatía, y menos de nuestra práctica.

Eso en lo que concierne al aspecto político. Con el complemento informativo que al triunfar la República el 14 de abril, los elementos madrileños incluidos por usted en los términos «fascistas, upetistas y reaccionarios de toda laya», se eliminaron por sí solos, dimitiendo sus puestos.

Creo adivinar, no obstante, en el fondo de su trabajo, amigo Mateo, un ataque concreto y directo a un sector determinado de Barcelona. No estoy en antecedentes. Ignoro la cosa y su causa. Y, por tanto, su razón o no. Es cuestión enteramente de ustedes.

Pero sí conviene advertir que el Congreso Hispanoamericano de Cinematografía, pese a esas reuniones preparatorias celebradas en

Barcelona, se citó para verificarse en Madrid. Y aquí acudieron los delegados de doce países hispanoamericanos—Méjico, Perú, Ecuador, Cuba, Colombia...—acreditados en regla por sus Gobiernos respectivos. Por esto realizaron el solemne acto inaugural con su presencia el jefe del Gobierno provisional de la República, señor Alcalá Zamora—que pronunció un discurso de optimismo y gratas perspectivas—y el ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, don Marcelino Domingo.

Referente a otros puntos de su trabajo—como la censura a la endeble calidad de los Vocales—, le contesto que en la lista de componentes del Congreso figuran: para el problema del idioma, el prestigioso profesor, au-

toridad máxima en la materia, señor Navarro Tomás y Ramón Pérez de Ayala, Lorenzo Luzuriaga, Enrique Díez Canedo, Luis Santullano, etc.... Para la Sección del Cine Educativo, representantes de los Centros Universitarios y de cultura. Y directores, operadores, actores... para lo técnico. Quizá peque, en este caso, el Congreso de más que de menos. De exceso de Vocales en número y categoría. Como lo demuestran esos nombres subrayados en rápido examen testificante.

Considero inútil insistir—amigo y camarada Mateo Santos—, en que si este «tema de ahora»—por emplear su propia expresión—del Congreso Hispanoamericano de Cinematografía, nos separa, nos aleja de momento, otros nuevos volverán a unirse pronto en plena identificación de pareceres y actitudes.

Con mi mejor voluntad de que así se realice.

LUIS GÓMEZ MESA

Madrid.

Acuse de recibo a Luis Gómez Mesa

LE hago a su carta abierta el honor que se merece, publicándola en esta primera página de la revista. Pongo en ello más interés aún por ser contraria a mi criterio en lo que atañe al Congreso Hispanoamericano de Cinematografía; es la mejor manera de dar a todos una prueba contundente de la imparcialidad de POPULAR FILM y de la independencia y honradez profesional de cuantos intervenimos en su redacción.

Su réplica, amigo Gómez Mesa, deja en pie todos mis argumentos, absolutamente todos.

Que este Congreso nació fascista y upetista—formas del monarquismo—, lo demuestra el hecho de haberlo creado e impulsado en sus primeros momentos un ministro del Gobierno Berenguer: el señor Sangro y Ros de Olano, marqués de Ab-el-Jelú.

«Está usted seguro de que al triunfar la República el 14 de abril, se eliminaron por sí solos, dimitiendo sus puestos, todos los elementos madrileños incluidos por mí entre los reaccionarios de toda laya? En el Comité de Barcelona figura M. de Miguel, upetista probado. Y otros.

Que en la Comisión de depuración del idioma en el cinema figuran varios periodistas catalanes, que escriben exclusivamente en su lengua vernácula, es cierto. Lo publicaron oportunamente todos los periódicos. Y de ahí que yo haya afirmado que les falta autoridad para «fijar, limpiar y dar esplendor» a la lengua de Cervantes.

Usted me dice que en «la lista de componentes del Congreso figuran: para el problema del idioma, el prestigioso profesor, autoridad máxima en la materia, señor Navarro Tomás y Ramón Pérez de Ayala, Lorenzo Luzuriaga, Enrique Díez Canedo, Luis Santullano...».

No les regateo capacidad, pero esto no desmiente mi afirmación, bien concreta.

Además, querido Gómez Mesa, ¿quiere usted explicarme si se preocupa mucho de esto el señor Pérez de Ayala, al que su cargo de embajador lo retiene en Londres?

Y siendo los nombres que usted cita muy respetables, ¿no estarían mejor en este menes-

ter, los grandes filólogos como don Miguel de Unamuno, los grandes estilistas como Azorín, don Ramón María del Valle Inclán y ese otro Ramón—Pérez de Ayala—que no puede, porque está ausente, intervenir en esas deliberaciones sobre la calidad del lenguaje castellano que le conviene al film español?

Otras afirmaciones hechas por mí, tampoco han sido desmentidas:

Que la Cineaes pretende valerse del C. H. C. para instalar un estudio fascista en el Palacio Oriental de la Exposición de Barcelona, cediéndolo, gratis, por este Ayuntamiento.

Que se intenta arrancar al Gobierno 60 millones de pesetas para empezar en España la producción cinematográfica.

Que se solicita del Gobierno la elevación del arancel para los films extranjeros a fin de proteger la industria nacional, insuficiente para sostener cerca de 4.000 salas de cine que hay en España, pues sería inevitable la paralización de todo comercio cinematográfico con las editoras extranjeras.

Que pretender organizar una industria tan complicada como la del film, que le ha costado a otros países infinidad de ensayos y muchísimos millones, es absurdo y desconocer el problema.

Y no sé cuantas cosas más, amigo mío.

Esto le debe bastar para convencerse de que conozco del Congreso lo único que tiene, que es el exterior, la fachada y la superficie.

Mucha fachada y mucha superficie y superficialidad. Por dentro, nada. Si, acaso, en los sótanos, inmundicias como las que yo he señalado.

No puedo ser optimista; me falta la fe que usted tiene. La fe que salva casi siempre en las cuestiones del espíritu, pero que sólo sirve para salir descalabrados y desesperanzados cuando se pone en cosas tan materiales y materialistas—a pesar de su disfraz patriótico y artístico—como este C. H. C.

MATEO SANTOS

Barcelona.

EL CINE LONDINENSE

La producción sonora de la ópera "Carmen"

No puede negarse el avance de la cinematografía contemporánea que paso a paso va ampliando el círculo de sus designios artísticos, y nadie sabe, observando la marcha insólita de los productores de películas, hasta dónde llegará las influencias de sus actividades e iniciativas a este respecto.

Distintas empresas comerciales de esta industria, dedicadas hoy a desarrollar esta aminorada fase de la actividad humana, no ha escatimado ni tiempo ni dinero para llegar al pínaculo de las consagraciones triunfales, y que ningún inconveniente por imposible que parezca, atempera las energías y el entusiasmo de estos emprendedores, quienes afirman que el cinematógrafo no sólo ilustra en forma objetiva, sino que copia con absoluta fidelidad el desenvolvimiento de una época pasada y que asimismo también es uno de los auxiliares más eficaz de la historia, porque su misión está dignificada por la modestia con que llega a todas partes, en donde la pasión curiosa que despierta es progresiva y es utilitaria, y de aquí proviene la actual actividad febricitante de algunas empresas productoras de películas que utilizan sugestivas montañas de oro en el desarrollo y mejoramiento de esta fase de producción.

Larga es la lista de películas de esta índole, o sea aquellas en que se nos recuerdan épocas de tiempos lejanos y que a todos gusta admirar, que la afición y el público en general podrá ver próximamente, y entre las que contemplaremos, figura una no producida precisamente por alguna compañía yanqui, que siempre parece ser, son o han sido las que realizaron con más frecuencia dichas producciones, sino que esta vez ha sido filmada por una empresa británica en sus estudios de Elstree (Londres), y el film en cuestión es el titulado «Carmen», producción musical, hablada y cantada en inglés.

Como recordaremos, en tiempos del cine mudo ya se proyectó esta misma película realizada por dos distintas compañías: la primera la hizo con igual título de «Carmen» la editora francesa «Albatros», y cuya dirección estuvo a cargo de Jacques Feyder, y la segunda fué filmada con gran desacierto en los estudios yanquis de la «Fox», bajo el título de «Los amores de Carmen», y dirigida por Raoul Walsh, estando interpretadas ambas cintas en el «rôle» de Carmen por las eminentes artistas Raquel Meller y Dolores del Río, respectivamente, actriz española la primera, y mejicana la segunda, a quienes en nada se les pudo desmerecer su buena actuación, pero en cambio al film en que cada una aparecía no se les pudo atribuir grandes elogios, pues sus directores no les supieron dar la veracidad debida a las costumbres españolas, haciéndolo con una exageración incomprensible, aunque no solamente han sido éstos los que han incurrido en dicha falta, sino también la mayoría de los productores extranjeros y aun nacionales en otras producciones.

«Carmen», obra inmortal de Próspero Mérimée, no tuvo gran aliciente el llevarla a la pantalla en la época del cine silencioso, y por eso ahora, con motivo de hallarse en todo su apogeo el cine sonoro y hablado, la empresa productora inglesa «British International Pic.» se ha apresurado a llevar al celuloide la filmación sonora, musical y parlante de la ópera «Carmen», con el solo propósito de ver si logra obtener mejor acierto y éxito que sus antecesoras en la versión muda que realizaron. Dicha compañía, decidida a llevar a cabo la citada película, encomendó la dirección de la misma a Cecil Lewis, quien uno de los principales cuidados que puso fué el de la interpretación del film para la que eligió a Marguerite Namara para el papel de «Carmen»; a Thomas Burke, para el de «Don José»; Lance Fairfax, para el de «Torero Escamillo», o sea los tres más destacados personajes de la obra, y en el resto del reparto figuran los nombres de afamados artistas ingleses, tales como Virginia Perry, Mary Clare, Winifred Dalle, Les-

ter Matthews, Dennis Wyndham, D. Hay Petrie, Victor Fairley, Lewin Mannering, Charlton Morton, Esme Beringer, madame Elsa y Brunelleschi, quienes todos ellos cooperaron con Cecil Lewis para que la primera versión sonora de «Carmen» no resultase una «españolada» de tantas, y si la célebre ópera tal como la concibió Mérimée, o sea que en conjunto se obtuviese un espectáculo cinematográfico de gran belleza y de creciente emoción.

Podríamos entrar a describir el argumento de esta producción, pero en la suposición de que al lector ya le es conocido por tratarse de una obra antiquísima y muy conocida, nos abstenemos de ello para solamente hacer resaltar que los lugares elegidos por la «British International Pic.» para los exteriores e interiores de «Carmen», son magníficos para que aparezcan las características más notables de la tierra andaluza, lugar de acción y desenvolvimiento de este film, en todo lo cual han logrado sus realizadores una fiel reconstitución y reflejo, y muy particularmente en la pintoresca escena en que se promueve la querrela de «Carmen» con otra cigarrera, en lo que la empresa productora de la segunda

versión muda de esta cinta lo realizó muy bárbara e injustamente.

La filmación sonora de «Carmen» ha sido realizada con todos los perfeccionamientos de la técnica moderna, y en cuya película su principal protagonista, la genial Marguerite Namara, raya a inmensa altura en la interpretación de «Carmen», habiendo merecido por ello los más entusiastas elogios de la crítica y del público, pues Marguerite Namara no sólo representa el verdadero tipo de gitana española, sino que en todos los momentos, con su arte insuperable y con su voz dulce y melodiosa, comunica al personaje todo el acento de pasión y agresiva coquetería que exige la heroína de Mérimée.

En «Carmen», opereta cantada y hablada llevada ahora nuevamente a la pantalla por la compañía inglesa «British International Pic.», existe en ella una interpretación o actuación digna de mencionar en renglón aparte, ya que calurosamente llamó la atención y mereció unánimes aplausos de todos, y es el grupo de simpáticas guitarristas y bailadoras, compuesto por afamadas «vedettes» de dicho género, al frente del cual figura la eminente bailadora y tocadora de guitarra madame Brunelleschi, quienes todas ellas ejecutan un bonito y variable número, bailable que hacen más atractivo el desarrollo de esta primera versión sonora cinematográfica de la ópera «Carmen».

JULIO SACEDÓN

La semana en Hollywood

HOLLYWOOD contribuyó al éxito de la fiesta de Los Angeles ofreciendo un desfile de carros alegóricos iluminados. Aca, uno de los estudios, envió un carro desde el que lucían su belleza sus respectivas estrellas. Harol Lloyd, que había sido elegido heraldo de la fiesta, presidió el desfile. Casi doscientas personalidades cinematográficas asistieron, ya formando parte del coso, ya desde las tribunas del colosal Stadium de

Usted puede conocer la verdad. Permítame decirle gratis.

Algunas de sus perspectivas del futuro, probabilidades financieras y otros asuntos confidenciales que puede predecir la Astrología, la ciencia más antigua de la historia. Sus expectativas en la vida, su felicidad, su matrimonio, sus amistades, sus enemistades, el éxito en sus negocios, la posibilidad de recibir herencias y muchas otras cuestiones vitales, pueden ser reveladas por la gran ciencia de la Astrología.

Permítame decirle gratis los hechos principales que pueden cambiar todo el curso de su vida y traerle el éxito, la felicidad y la prosperidad, en vez de la desesperación y el fracaso, que pueden en estos momentos estar cerca de usted. Su interpretación astrológica será escrita en lenguaje corriente y consistirá en no menos de dos páginas enteras.

Lea lo que mis clientes dicen:—
"23 West Galer Street, Seattle. — Washington. — U. S. A. — Estimado profesor Roxroy: — Estoy satisfecho de la lectura general de mi vida y de la lectura anual de ella. Parece que usted leyera mis propios pensamientos y me conociera mejor de los que me conozco yo mismo. Tendré mucho gusto en contestar cualquier consulta que se me haga sobre el asunto, y de atestiguar el gran poder de usted. Las cosas han resultado exactamente como usted lo ha predicho. — Suyo afectísimo — M. Williams".

Tenga cuidado de escribir claramente al enviar la fecha de su nacimiento, su nombre y dirección. Si lo desea, puede incluir 1 peseta en estampillas de su país para gastos de correo.

Esta oferta puede no volver a repetirse de manera que le conviene proceder en el acto.

La dirección a la que debe enviar su correspondencia es la siguiente: — ROXROY, Dept. 1383, Emmastraat, 42, La Haya (Holanda). Franqueo a Holanda: 40 céntimos.



Los Angeles, donde tuvo lugar el desfile. El primer premio correspondió al carro de la Paramount, el segundo al de Howard Hughes. Las «Wampas Baby Stars» fueron presentadas oficialmente por el presidente de los Wampas y organizador de la fiesta, John Leroy Johnson. El carro de la Paramount representaba una gigantesca cámara cinematográfica, toda hecha de flores y láminas de papel de estaño. Estaba iluminado con muy buen gusto y lo ocupaban Carol Lombard, William Powell, Claire Dodd, Peggy Shannon, Fay Wray, Sylvia Sydney. El carro de Howard Hughes simbolizaba el «rôle» de Hollywood en la marcha del mundo. Había sido confeccionado con encajes y flores de gasa, luces y colores metálicos. Lo ocupaban Billie Dove, Constance Cummings, Sue Carroll y Pat O'Brien. En el resto de los carros llegamos a ver a Marian March, Anita Page, Leila Hayms, Dorothy Clair, Dorothy Sebastian, Linda Watkins, Clark Gable, Virginia Cherrill, Jeanette Loff, Juan Torená, Estelle Taylor, Sidney Fox, Anite Louise, Laura La Plante, Dolores del Río, Genevieve Tobin, etc.

La próxima semana comenzará Pola Negri su primera película parlante. Se titula «La mujer manda» y está basada en la historia de la reina Draga de Montenegro. Pola acaba de hacer interesantes confesiones amorosas. Dice que sólo ha amado a tres hombres y que los tres han muerto trágicamente. Un noble polaco, el hombre que la besara por primera vez, fué fusilado por orden del zar poco antes de que comenzara la gran guerra; Rodolfo Valentino, a quien el hecho de morir en plena gloria, da cierto nimbo trágico, y el aviador inglés Gleason, muerto mientras trataba de volar de Londres a Ciudad del Cabo, sin etapas.

Una hermosa película, delicada e inteligentemente dirigida, ha sido estrenada esta semana. Se trata de «Bad Girl», cinta de la Fox, que ha realizado Borzage. Está basada en la conocida novela de Viña Delmar. James Dunn, magnífico actor, y Sally Bilers, tienen a su cargo los dos únicos papeles del «talkie». Ambos merecen estruendosos aplausos. Dunn, un debutante en el cine, pero un viejo actor de Broadway, tiene el tipo y las cualidades que han hecho famoso a Charles Farrell y, además, es un gran actor y siente las obras con más profundidad e inteligencia.

Mientras filmaba una película en los alrededores de New York, fué herido George Bancroft. No es un caso grave, pero descansa en una clínica.

Correo femenino

La casa a flote

La dificultad de la vida, cada vez mayor, recae en primer término sobre las mujeres que por su desgracia o elección tienen que vivir solas gozando de un reducido presupuesto. Por numerosas que sean las libertades alcanzadas, la mujer no cuenta ni con mucho con las que tiene un hombre, para salir adelante.

Ahora, por ejemplo, se anuncia en París la desaparición del mercado de la Magdalena. En este mercado existen, entre otras cosas, unos puestos en donde se vende la comida ya hecha; son la válvula de salida de todos los grandes restaurantes de los alrededores, o sea, el sitio donde por un precio módico se pueden adquirir sus restos. Su clientela se compone casi exclusivamente de las empleadas de los grandes almacenes vecinos. ¿Qué harán estas infelices cuando el mercado desaparezca? No les queda otro remedio que esperar del buen corazón de sus patronos la organización de un comedor barato en el propio almacén donde prestan sus servicios.

Lo mismo ocurre con el problema de la vivienda, que tenía sumida en la más profunda desesperación a dos amigas, pintora la una y escritora la otra, hasta el punto que sacando fuerzas de flaqueza, le han dado una solución que acredita su valor. Vivían ambas en un hotel, en donde, como es uso, eran miserablemente explotadas, cuando un día en que iban paseando por las orillas del Sena, observaron que, amarradas a un muelle, había unas cuantas grandes barcas notoriamente inservibles para la navegación. Una de ellas se diferenciaba sensiblemente de las otras en que presentaba señales externas de hallarse habitada. ¡Estamos salvadas!, exclamaron las dos amigas al mismo tiempo! ¡Ya tenemos casa! Inmediatamente pusieron manos a la obra y llevaron a cabo las gestiones necesarias para entrar en posesión de una barca, la cual, después de ser objeto de una somera restauración, les fué entregada junto a la pasarela de la Concordia, mediante un alquiler de 1,200 francos mensuales.

Solas, con la única ayuda de una criada, una vez que tomaron posesión de su casa flotante y después de proceder a bautizarla imponiéndole el nombre de «Estrella matutina», se dispusieron a amueblarla convenientemente. Algunos muebles antiguos se vieron obligados a fraternizar con otros modernos, y el todo se envolvió con tapices baratos, con ob-

para decidirse a volver a los tiempos prehistóricos de las habitaciones lacustres. Quizá la casa flotante para el verano sea algo cercano a la perfección, pero, ¿y el invierno? Sin embargo, en un año como el que vivimos, en el que las estaciones carecen de lógica y se complacen en llevar la contraria al calendario, lo que ha sido duro es el verano, según confiesan las dueñas de la casa flotante, las cuales piensan que el invierno, con la ayuda de la calefacción central que está instalándose, será bastante menos desagradable.

De todas maneras, la hazaña de vivir junto a un muelle sombrío en donde pueden merodear los malhechores, tiene algo de heroico y de simpático, mostrando hasta qué punto las mujeres pueden por sí solas allanar los obstáculos. Verdad es que se trata de dos mujeres que disponen del valor que confiere el hecho de poseer 1,200 francos para poder emplearlos en el alquiler mensual de su casa y

ESPECIALISTA AGRADECIDO

El afamado ortopédico de Barcelona Don A. G. Raymond, considera que es su deber dar a conocer a las personas canosas la siguiente receta cuya preparación se hace de modo muy sencillo en su casa. «En un frasco de 250 grs. se echan 50 grs. de agua de Colonia (3 cucharadas de las de sopa), 7 grs. de glicerina (una cucharadita de las de café), el contenido de una cajita de «Orlex» y se termina de llenar el frasco con agua».

Los productos para la preparación de dicha loción, que ennegrece los cabellos canosos o descoloridos volviéndolos suaves y brillantes, pueden comprarse en cualquier farmacia, perfumería o peluquería, a precio módico. Aplíquese dicha mezcla sobre los cabellos dos veces por semana hasta que se obtenga la tonalidad apetecida. No fíe el cuero cabelludo, no es tampoco grasienta ni pegajosa y perdura indefinidamente. Este medio rejuvenecerá a toda persona canosa.

de otra cantidad, infinitamente superior para amueblarla convenientemente.

Desgraciadamente, los problemas graves suelen afectar a las personas cuyo bolsillo se halla exhausto, y cuando el dinero falta, el valor se reduce considerablemente.

La perfecta mujer danesa

¿Cuáles son las cualidades de la mujer perfecta? Tal es la cuestión que una revista danesa ha propuesto a sus lectores.

En tan interesante encuesta se ha llegado a las siguientes conclusiones:

Que la mujer perfecta es:

Primero. La que es capaz de leer un diario sin invertir el orden de sus páginas.

Segundo. La que lee el editorial de un diario.

Tercero. La que nunca se preocupa de decir la última palabra en una discusión.

Cuarto. La que habla bien de sus amigas, aun cuando se hallen ausentes.

Quinto. La que no se ocupa nunca de sus vecinas.

Sexto. La que no se rinde jamás a los anuncios de saldos de las grandes tiendas.

Séptimo. La que dice siempre con exactitud su verdadera edad.

Octavo. La que nunca se lamenta de no haber sido hombre.

El cochero no quiso ser menos

Alejandro III, zar de Rusia; el rey de Grecia y el príncipe de Gales salieron un día de Copenhague para realizar una pequeña cacería. Iban a pie y, arrastrados por la afición, se alejaron tanto que al volver tuvieron que buscar un carricoche de un labriego que les llevase a palacio. El vehículo sólo tenía cuatro asientos, contando el del auriga. El zar ocupó un puesto al lado del conductor y detrás se

sentaron el rey de Grecia y el príncipe de Gales.

Cuando llevaban andada buena parte del camino preguntó el cochero a su ilustre convecino:

—¿Quiénes son esos que van atrás?

—El príncipe de Gales y el rey de Grecia.

Se calló el cochero; pero al poco rato volvió a preguntar:

—Y usted, ¿quién es?

—¿Yo? Pues el emperador de Rusia.

Algo molesto éste por tanta curiosidad, preguntó a su vez al cochero:

—Y usted, ¿quién es?

—¿Quién? ¿Yo? —exclamó amostazado el campesino, creyéndose víctima de una burla—. Yo soy el emperador de la China...

DE TODO UN POCO

El ambiente de un aposento ocupado por un enfermo, se purifica poniendo un vaso de agua caliente con unas cuantas gotas de aceite de espliego.

Las manchas de hierba se quitan impregnándolas bien de alcohol y aclarándolas al cabo de un rato con agua clara.

Si se quiere evitar que la leche o el chocolate se salgan de las vasijas al romper a hervir, úntese los bordes de éstas con manteca de cualquier clase.

Estafeta

Juan Grande.—Madrid.—No tiene cualidades fotográficas. Lo sentimos.

Carmen Cachorro.—Ceuta.—Recibidas sus fotos y se publicará una de ellas. ¿Que si puede llegar? ¡Quién sabe! Es cuestión de oportunidad y de suerte, sin patiquísima amiga.

Juan Serena.—Lucena.—La dirección que pide es la siguiente: Fox Studios, 1.401, Westren Avenue, Hollywood, California.

Manuel Blanco.—Murcia.—Le han informado mal. Otra vez será.

Julio M. Adembry.—Gibraltar.—Dirijase a Fox Studios, 1.401, Westren Avenue, Hollywood, California, al que pertenece la artista que le interesa.

Antonio Jiménez.—Cerro del Aguila.—Quinta Moreno, Hollywood, California.

Juan Canales.—Ciudad.—No, no es fotogénico, aunque a usted, naturalmente, le parecerá lo contrario. Pero ya lo dijo el poeta: «Y los sueños, sueños son».

José Llorens Peris.—Tarragona.—Envíe esos trabajos y si son publicables, con mucho gusto le complaceremos.

Camilo Socorro.—Las Palmas.—Si por casualidad—que ya sería casualidad—actuase usted en la pantalla, des-

ARISTOPHON y ALTAVOZ 2016
365 PESETAS

Mundial-Radio **CORTES, 549**
Tel. 30987

pués de su debut tendrían que conducirlo a una casa de socorro, amigo ídem.

La señorita María Estrella, que vive en Tarrasa, calle Pardo Bazán, número 58, desea cambiar correspondencia con joven de diez y seis a diez y ocho años, bien educado, simpático y guapo.

Con que animarse, pollos.

Eulogio Acosta.—Las Palmas.—¡Canario! Y cómo hace perder la cabeza al cine. No lo crea usted, no tiene condiciones para dedicarse al séptimo arte.

Alfonso García.—Albacete.—No tiene que firmar más que uno. Y que envíe 40 céntimos en sellos de correo para franquear las tapas.

Salenyak Legua.—Ripoll.—No hay que estar muy al corriente de la actividad, casi nula, de nuestras casas productoras, para saber que lo que pide usted es un imposible. Hoy por hoy, no existe en Madrid ninguna productora de películas, propiamente dicha. Así es que le aconsejamos dirija sus ambiciones a otros lugares: Hollywood o Joinville, en París. Por la distancia de éstos y el riesgo de la aventura, lo mejor es esperar. Mucha paciencia, amigo, y menos soñar. Procure, sobre todo, curarse de ese mal del día que se llama «fotogenia». La receta es bien fácil: sensatez y sensatez.

JOVEN distinguido, buena presencia, esportivo, desea relacionarse fines matrimoniales señorita 16 a 20 años, agraciada, aficionada ir cine. Escribir detalles, fotografía (se devolverá) a núm. 120. - Palayo, 11, pral.

jeto de que no se viera lo que no se debía ver, o sea, las paredes poco decorativas de la embarcación. En los dormitorios, las camas fueron substituidas por divanes bien provistos de almohadones. El comedor reúne las necesarias condiciones de intimidad y alegría y el comedor de verano sobre el puente, donde las dos originales y valerosas señoras reciben a sus amigos, hubiera sido un sitio delicioso, si no lo hubiesen hecho inútil las frecuentes lluvias.

No hay más inconveniente que el ligero balanceo permanente que las aguas imprimen a la casa flotante. Esto, que a primera vista parece muy poético, durante los primeros días incomoda bastante, pero al fin el cuerpo concluye por habituarse.

Evidentemente, por muy artista que se sea, hace falta verse muy acosada por la necesidad

Conversación entre dos teléfonos muy cinematográficos

Es sorprendete lo ocurrido. Tan extraordinario, al mismo tiempo, que merece la pena contarse. Los números han hablado, han celebrado sus conferencias, y... hasta realizaron unas entrevistas.

Veréis: Dos números: 52923 y 72423. Dos cantidades que se forman al girar el disco del teléfono automático, y que ponen en contacto a dos individuos que, algunas veces, firman artículos en esta revista: Rafael Gil y Augusto Ysern.

Estos números hacen que unos hilos metálicos transporten de un punto a otro de la ciudad la noticia cinematográfica de última hora, la crítica de la película estrenada el día anterior, la sátira punzante y el comentario irónico de actualidad. Y tanto y tanto han oído estos números sobre cine que se creen peritos en la materia, y quieren expresar y lanzar su opinión. Exigen las ventajas del régimen parlamentario que disfrutamos.

Y un día, cansados de ser portadores y nunca creadores, hablaron así:

—¡Oye—dijo el 52923—estoy cansado de oír y callar!

—Igual me ocurre a mí—contestó el 72423—yo quiero exponer mis ideas, decir lo que pienso y lo que siento.

—¡Por mí encantado! Empecemos cuanto antes. Pregunta y contestaré, que yo haré lo mismo contigo. No sería nada extraño que se cruzaran nuestros cables con el de algún taquígrafo solitario, y tal vez esto viera la luz.

Y empezaron a hablar.

Y los cables, compadecidos, se cruzaron. Y un taquígrafo solitario, cogió el auricular en los momentos más importantes de la charla. Y todo lo que oyó lo transcribió aquí fielmente.

El que preguntaba era el 72423. Su voz era fuerte. Algo brusca.

—¿Qué opinas del cine en technicolor?

—Sobre él no se debía opinar, porque no debía existir. Es un absurdo estropear un cine perfecto—el de tonos blancos y negros—con unos colorines chillones, unas veces, y descoloridos, otras. Yo, ese cine, lo considero como un delito.

—¿Qué esperas de los yanquis esta temporada?

—Poca cosa. De todos modos, algo más que en la pasada. Claro está que las películas extraordinarias que mandará Hollywood están hechas, en su mayoría, por extranjeros: Murnau, Sternberg, Stroheim... Puramente americano solamente los films de Vidor. Eso sí, serán maravillosos.

—¿Y el cine hablado?

—Hay dos cines hablados. Uno el de «Carrabias» y «Camino del infierno»...; otro el de «Sous les toits de Paris», que es tan bueno como el mudo. ¿Qué ya es decir!

—¿Y el sonoro?

—De él es el porvenir.

—¿Qué te parece la actitud de Harry Liedtke presentándose siempre que le da la gana en nuestras pantallas?

—Intolerable. A su edad no están bien ciertas cosas.

—¿El cine oloroso, tendrá algunas ventajas sobre los demás?

—No me atrevo a contestar. Tiemblo al imaginarme un film oloroso de Sternberg.

—¿Cómo no se proyectan películas rusas, si tienen tan buena aceptación?

—Eso preguntásele al Gobierno de la República.

—¿Se proyectarán más películas de guerra?

—Creo que sí. Pero se deben tomar medidas para evitarlo. El otro día leí, que las consecuencias del conflicto del catorce las estamos padeciendo ahora. Una ojeada por nuestras pantallas demuestra que así es.

—¿Qué películas merecerán la pena verse en la temporada próxima?

—Muchas. Aparte de media docena de films norteamericanos, están entre otras, «El millón», sobre todas; «La ópera de las tres peras chicas», «M», «El fin del mundo», «Ver-

dún»... Y, las que más gustosamente esperamos son las rusas, pero mientras la República Española sea provisional tendremos que esperarlas sentados.

—¿Producción nacional?

—Déjmosla en paz. Bien merecido tiene el descanso.

—¿Algún cine nuevo?

—Sí; tres o cuatro. Pero lo que hacen falta son películas nuevas.

—¿Ningún órgano cinematográfico madrileño?

—Ninguno. Y no insistas más en cosas de nuestro cine. Lo único que puede decirse de él son las frases con que, en cierto pasaje del Quijote, contesta el de la triste figura a su escudero: «Déjalo Sancho que peor es menearlo».

El 52923 hizo ciertos ruidos con su metálica y numérica garganta. Señal de que estaba cansado de contestar.

—Si te cansa pregunta—dijo el 72423—yo tengo muchas cosas que decir.

—Bueno. Dime, en cuatro palabras, lo que es el cine para ti.

Y el 72423, con voz algo enfática, demostrando que se sabía bien la respuesta, empezó así:

El cine para mí es, en cuatro palabras, *el enemigo del teatro*. Es además, a su vez, espectáculo y escuela. En este último aspecto es extraordinariamente interesante. Hoy día se halla tan perfeccionado el cine que no me explico cómo y por qué le llaman el «séptimo arte», cuando en realidad, muchas veces, es el primero.

—¿Y el alemán?

—Alemania ha conseguido, sin duda alguna, un puesto de honor en la cinematografía, apreciable por todos los conceptos. G. W. Pabst, Fritz Lang, Hans Sward, Erich Pommer... son valores directoriales que suponen una garantía insuperable ante el espectador experto en materia de cine.

—¿Y el francés?

—Francia ocupa, después de Rusia y Alemania, el tercer lugar de importancia en el cinema europeo. «Sous les toits de Paris», esa magnífica película que admiraron todos los públicos y que algunos no comprendieron. Junto con René Clair han salvado al cine francés, casi agonizante, dándole nueva vida, León Poirier con «Cain», Bernard con «Tarakanova», y últimamente «Noche de redada» y «El millón».

—¿Y... y el español?

—Ya veo que haces la pregunta con miedo. Te voy a ser franco, ya que ahora no se puede ser real: el cine español casi no existe y el poco que hay es una birria. Pocos actores y malos. Unido a esto que los señores que se ocupan de dirigir nuestros vehículos que se llaman José Busch, León Artola, Emilio Bau-

tista... y que a mi juicio son todos unos cesantes. Ello es obvio, pues cinematográficamente no han hecho nada. Tampoco hay dinero. El cine español nació en cucullas. Y ahora se ha tumbado. Nunca se pondrá de pie, estoy seguro.

—¿Qué es eso que tú denominas Al Toston?

—Te voy a dar una definición sencilla del mismo. Es aquella película que por lo insulso del argumento, así como por el hecho de acompañarla una música latosa—que podía quedarse en su casa en vez de acompañar la película—y un aditamento de colores trastocados, en medio del cual se mueven unos actores (¡!) que no saben trabajar y que habían demasiado para disimularlo. Y con esto el número de pateadores aumenta alarmantemente. Lo que indica que los tostonos no escasean. La medalla del toston para 1931 ha sido concedida a «El rey del jazz». Ha batido todos los records de aburrimiento. Las farmacias se han quedado sin aspirina. Hay varias clases de Al toston: *todo cantado, todo hablado, todo bailado, todo coloreado, todo largo metraje, todo mal interpretado*.

—Sin miedo. ¿Qué opinas de la prensa cinematográfica madrileña?

—Los periodistas cinematográficos Antonio Barbero, Fernando, G. Mantilla, Luis Gómez Mesa—de los otros ni hablar, es mejor—cumplen muy bien su cometido.

Barbero es un señor algo engreído. Me pasó con él algo gracioso. Le mande unas cuartillas sobre «El expreso azul» y, sin duda, no le gustaron.

Y, ahora, un detalle. En el número que yo esperaba se publicasen apareció una plana dedicada a un pelma de la pantalla, «as de los gallos en el canto». ¿Tú crees que está bien dedicar una página de un periódico como «A B C» a quien no se lo merece? Es intolerable, inaguantable... Y en cambio, el pobrecito Trauberg en el cesto. Vamos chico, yo es que no lo comprendo.

Hay, además, otros críticos que firman con letras: J. C. V.; A. C.; J. M... y, a este paso, nos encontraremos con un señor que firme ABCDEJXYZ y que por fuerza tengamos que hacerle caso a lo que diga.

—Dime algo de los dibujos animados y sonoros.

Siguen siendo unos éxitos estas películas de animalitos. Mykey se presentó en el Riato en plan de excursionista y está preciosísimo. Todas las películas van acompañadas de una *señorita música* estupenda. Blas y Félix han desaparecido del écran por ahora, ya veremos cuando aparecen. Bimbo y Flit no sé dónde se han metido. Y la mula Fanny tampoco ha asomado las orejas.

—¿...?

—¿Qué te hable de los actores? Pues bien; no puedo ver ni en pintura a... Bueno, son muchos y no quiero comprometer a nadie.

—¿...?

—¿Directores, ahora? Entre los extranjeros, Vidor, Gamca, Pasbt, Claire, Lang, Sternberg... todos gozan de mis simpatías.

No así Murray Anderson (¿no le han matado todavía?) el gran metteur de «El rey del jazz»; Fred Niblo, desde que hizo «Sueño de amor»; Francis Dillon decidido partidario del dolor de cabeza, y Adelqui Millar que es un pobrecito que no sabe lo que hace.

Y hasta ciento peores que él. ¿Nada más? Entonces una advertencia. A ver si haces lo posible porque no llamen tanto. Me están estropeando el timbre y estoy viendo que el mejor día no va a sonar y entonces no podré ni hablar ni cambiar impresiones.

—Bueno. Así lo haré de ahora en adelante. Adiós, 72423.

—God bye, 52923.

EL TAQUÍGRAFO SOLITARIO

Madrid, 1931.

NO DEJE USTED DE LEER
LA EMOCIONANTE NOVELA DE
JUAN DE ESPAÑA
LA VENUS ROJA
QUE PUBLICA EN TODOS
SUS NÚMEROS, EN FOLLETÍN,
POPULAR FILM

LOS ARTISTAS
EN LA INTIMIDAD

Las vicisitudes de los bigotes cinematográficos

Como recordarán nuestros lectores, Douglas Fairbanks, a raíz de trabajar el año 1921 en la película «Los tres mosqueteros», pasó con su bigote una verdadera odisea al tener que vestir el airoso uniforme del inquieto y va tan discutido D'Artagnan.

En un principio la pequeña Mary Pickford protestó de la metamorfosis de su esposo que siempre aparecía en las películas rasurado el labio superior, pero más tarde tomó cariño al mostacho de su marido, de tal modo que cuando cierto día le vio llegar a su domicilio con el afeitado reclamó su rápida reposición.

Douglas, el dinámico, la explicó que los bigotes se tienen que afeitar dos veces para que sean excelentes, a lo que su rubia media costilla asintió. Al poco tiempo, Douglas se encontró de nuevo con el espléndido mostacho, y, desde entonces, hasta su última interpretación «Para alcanzar la luna» no cesa un instante de mostrarlo.

Por aquella misma fecha, Harry Myers hubo de cultivar su bigote para sus papeles en la pantalla, tal como lo exhibió en «Un vankée en la corte del rey Arturo». En «R. S. V. P.» tuvo que afeitárselo y, más tarde, hubo de dejárselo crecer para una posterior cinta. Para colmo de las complicaciones, a instancias de un director de escena se vio obligado Myers a dejarse crecer de nuevo el bigote para interpretar con Alice Lake una película titulada «Besos».

Harry Myers como cuantos artistas se hallen en su caso está desesperado por la malaventuranza de su bigote. Ellos no sienten el tener bigote o dejarlo de tener. De lo que se lamentan, en público, es de tan infortunada volubilidad, pues cuando empiezan a tomar cariño al aditamento se lo obligan a afeitar y cuando se han acostumbrado a las delicias de un rostro totalmente rasurado, les precisan a dejárselo crecer.

Decididamente, no todo son delicias y cosas halagüeñas en la vida privada y de trabajo de las «estrellas», planetas y satélites del cielo cinematográfico. A veces, los artistas han de hacer verdaderos sacrificios de la personalidad propia para poder caracterizar un papel en la escena fílmica. Hablando de semejantes sacrificios George Bancroft, durante el rodaje de las escenas de «Trípoli», nos ofreció algunos detalles de los requisitos que tuvo que practicar para caracterizar con propiedad el papel de jefe de la fragata «Constitución» de aquella película de James Cruze, impresionada por la Paramount. Hubo de dejarse crecer labarba; dejarse crecer el pelo hasta el punto de hacerse trenzas; caminar descalzo durante largo tiempo para que sus pies se acostumbrasen a los borceguies; bañarse en vinagre al sol, para que se le curtiese la piel, y tatuarse el brazo por medio de una operación dolorosa.

Pero no desviemos la cuestión del tema central que motiva esta crónica.

No son los casos que antes hemos referido los primeros en que una leve transformación exterior es necesaria para determinar el éxito o el fracaso de un artista.

Obsesionan a las mujeres los Romeos del cine y sus miradas con placer se detienen entre los cuidadosísimos Adonis pantallescos, donde la fantasía que se sonríe con las imágenes de la belleza y espíritu varonil les complace entre las ideas correspondientes y armónicas, alegrándose de cualquier signo exterior que modifique su bien parecer. Por esta razón la mayoría de las mujeres que tienen más ojos que juicio, juzgan de los artistas por su bigote. Apenas si el crítico se libra de esa corriente de haber de fijar una apostilla apologética a cada estilo de mostacho y de estudiar a fondo la psicología de la persona que lo luce.

Varias de las causas que han exigido su uso son la inestabilidad de la fantasía humana, los progresos de la moda, la necesidad de agradar y el fastidio que la uniformidad de las faces mondas y lirondas engendran. Los galanes de las películas no sólo no han querido resistirse a este movimiento ondulatorio y progresivo, sino que se han singularizado ideando nuevos

tipos que han sido imitados y copiados por la juventud del mundo entero. Ni una manera de arreglarse ni un mismo estilo embellecen a todos los jóvenes por igual, ha sido el credo que han dirigido los promotores de la nueva orientación masculina.

El sexo fuerte ha inventado el uso de mostachos o el arreglo del peinado, por la misma razón por la cual las mujeres han inventado las cintas, las aplicaciones, los velos, los abanicos, los collares, los polvos, las alhajas, le «cammel» y los perfumes.

Y es el cine, con su inverosímil ascensión, quien avala todos estos datos, hasta los de más solemne trascendencia, como es para un enamorado de su físico, la orgullosa solvencia de un bigote bien cuidado.

Y lo que se comprueba en el cine, se ha observado ya en el curso de los tiempos: Es decir, el adorno de la persona ha precedido al uso del vestido. Desde el sucio hotentote que se pasea desnudo por el Cabo de Buena Esperanza y los naturales indios de Orinoco que se someten a enormes sufrimientos para tatuarse el cuerpo, hasta el afectadísimo Hortensio y el moderno Brummel, hay una serie de cruentos sacrificios y de afectadas elegancias que sería curioso desmenuzar. Los primeros, procuran sorprender agradablemente las miradas de sus semejantes adornando su persona con dibujos de flores y animales sobre sus desnudos miembros y sin preocuparse casi de mitigar las temperaturas extremas ni de su comodidad, trabajaban durante semanas enteras para procurarse colores.

He aquí el origen del por qué los intérpretes de películas deben un crecido tanto por ciento de la fama que gozan a su bigote. Muchos casos podríamos aducir de artistas decididos partidarios del naturalismo y de la realidad pantallesca, que, cuando el director les recomienda que para personificar el tipo que se les acaba de asignar usen tal a o cual peluca y se apliquen este o aquel bigote, protestan y se niegan a acatar las órdenes, confiando en dejarse crecer más o menos el pelo para peinarse en una u otra forma.

Por otro lado, el excesivo número de caracteres faciales de aditamentos hirsutos que raya en la emulación, nos impide un estudio completo del bigote en sus variadas formas. Enumeremos, sin embaago, los más imprescindibles.

Adolphe Menjou, prototipo del conquistador elegante, gasta un bigote lacio y caído, varonilmente flemático y atildado.

Lew Cody, cuya habilidad histriónica lleva revelada, usa un bigotito de joven teniente de húsares.

Los bigotitos de guías lineales de Norman Kerry, le completan los rasgos particulares de atrayente, alegre y simpático que su cara denota.

Ronald Colman va a la cabeza de los artistas que lucen bigotillos recortados en forma de acento circunflejo y le siguen en zaga Warner Baster, William Austin, Paul Lukas y algún otro.

Rod La Rocque en «Gigolo» aparece unas veces sin bigote, cuando «Gid Gory»—que tal es el personaje asignado a su talento—, va a París con permiso y encuentra a su madre bailando en un cabaret y otras con él, cuando convaleciente de sus heridas y arruinado se presenta en un restaurante dispuesto a ir a la cárcel. En estas escenas aparece con el mismo de «Redención».

Entre los traidores, tenemos a Roy D'Arcy, con su bigote larguirucho, fino y delgadísimo de antipático.

Jacque Catelain y Ramón Novarro usaron bigotes minúsculos durante una corta temporada.

Lewis Stone y Lawrence Tibbett, el cantante de la Goldwyn, se presentan con su vegetación más espléndida, vigorosos y formales.

Es archireconocido el bigote recortadito que John Gilbert ha sido el primero en popularizar. No obstante, los éxitos que aquél le ha proporcionado, apareció sin bigote en «El gran desfile», «Por una rubia» y en algunas escenas de «Filibusteros modernos».

Entre los españoles ha inquietado a los públicos el bigote de Valentín Parera—que a su reciente llegada a Hollywood por primera vez se lo ha afeitado— lo mismo que los de Manolo Russell, Carranque de los Ríos, Ramón Pereda, Castro Blanco y otros más.

Antonio Moreno, de temperamento latino, últimamente fluctúa, llevando unas veces sí y en otros «roles» no, su juguetero bigote negro.

El de Nils Asther ha recreado la vista de muchas niñas que no vacilarían en sostener coloquios amorosos con él, fuera y frente a la lente cinematográfica.

Durante la iniciación en el film, Luis Alonso aparecía sin bigote, pero después de su aparición en «Margarita Gautier», «Rosa de California» y «El mercado del amor» no puede prescindir de su complemento.

En las películas cómicas el apego por los bigotes adquiere marcado interés. El mostacho en forma de ceñillo de Ben Turpin le sirve de «olus» a maravilla para su mirada extraviada; Oliver Hardy, el «co-star» inseparable de Stan Laurel, simula tener un coleóptero debajo la nariz. Raymond Griffith, Monty Banks y otros funámbulos de comedias largas, regularizan las carcajadas del espectador.

Aunque, sin maquillaje, Charlot aparezca sin bigote, no podemos imaginarle sin su característico y minúsculo bigotín recogido bajo la nariz. Quitádselo a Chaplin, y perderá un cincuenta por ciento de su fama, aunque siga utilizando su bombín de ala exigua, sus zapatones con las suelas desclavadas y su corto bastoncillo flexible. El famoso mimo usa trapo para su bigote; el pelo postizo se lo aplica suelto sobre la piel engomada; otros más cínicos, se limitarían a tiznarse el rostro para imitar el pelo.

Tampoco podemos dejar de recordar al coloso de los peluqueros cómicos franceses, Max Linder, el del pantalón a rayas, chaqué impecable, sombrero de copa y bastón, que más de una vez distrajo nuestra modorra, a pesar de que no figure, desgraciadamente, en el mundo de los vivos porque la tragedia lo arrancó en pleno triunfo de la pantalla. El desgraciado Max, con su negro bigotín de radiante elegancia nos recordaba a los alegres conquistadores que se dibujan en el «Rire» de París.

Para los que conocemos las intimidades de la pantalla, sabemos que si bien algunos mostachos de los Adonis del cinema están llamados a fenecer, no por eso pierde la valoración estética y la poderosa influencia que un mostacho tiene en la faz de un protagonista de películas.

Jesús ALSINA

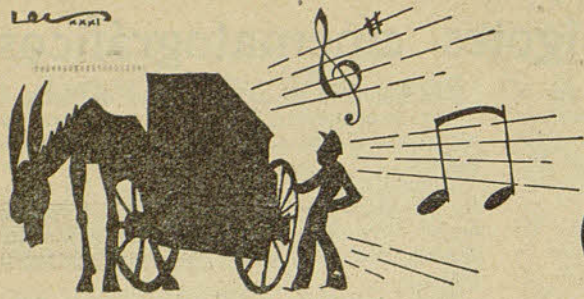
MADAME X

Fajas de caucholína para adelgazar

Pida los nuevos modelos de FAJAS ENTALLADAS

Rambla de Cataluña, 24 - Barcelona

Sucursales en Bilbao, Córdoba, Málaga, Madrid, Oviedo, Santander, San Sebastián, Sevilla, Valencia, Vigo y Zaragoza.



Música de Organiño

Fado

De Wifredo Castañer

I

Tpo. de Fado

Piano

f

p

pp

Prepare su agua
de mesa con las

Sales Litínicas Dalmau



Rosita MORENO
Actriz de la Paramount

LOS JUEGOS OLÍMPICOS DEL AÑO 1932



Estas actrices de la Metro-Goldwyn-Mayer, ardientes admiradoras del deporte, demuestran los siete sports principales que figurarán en los Juegos Olímpicos del año entrante, en los Ángeles, California. En la fila superior, de izquierda a derecha, Marjorie King (hockey) y Magde Evans (carrera). Segunda fila: Karen Morley (salto de pértiga) y Anita Page (ciclismo). Tercera fila: Leila Hyams (lanzamiento de jabalina) y Dorothy Jordan (esgrima).

ESPAÑA HACIA EL CINEMA

SIN ruido, sin ademanes desmesurados, sin darle un cuarto al pregonero—según la vulgarísima, pero aguda expresión popular—, unos hombres, templados en el trabajo, intentan llevar a España hacia el cinema, hacia «su» cinema.

Esos hombres son, un alemán y un español, cinematografistas puros, conocedores de la técnica, no ignorantes pretenciosos como muchos de los que por acá se estilan.

Se llaman el señor Ernst Augspach y «Armand Guerra». Aquél director general de la Sociedad Anónima «Primotor»—suizo-alemana—y éste redactor especial de POPULAR FILM en Berlín.

Vinieron de Berlín a Valencia, pasando unas horas, de tren a tren, en Barcelona. Al ir y al regresar de la capital levantina, charlé con

ellos, mientras almorzábamos en un pintoresco restaurante de la Barceloneta, para no alejarnos de la estación de Francia.

Lo que hablamos, y la discreción nos permite decir, va a continuación.

—¿Qué objeto tiene este viaje?

—Organizar en España la industria del film—responde «Armand Guerra».

Le digo, sonriendo:

—De eso ya se preocupa el Congreso Hispanoamericano de Cinematografía. ¿Cree usted en la eficacia de este Congreso, amigo «Armand Guerra»?

—Rotundamente no. Es empezar la casa por el tejado. Ningún país, para crear su cinematografía, ha empezado por pedir a su Gobierno unos millones para aplicarlos a la producción y una ley que ampare la industria antes

de existir. Por esto me siento identificado en absoluto con sus artículos de censura al Congreso, artículos admirables y llenos de la sinceridad que a los demás les falta.

—Bueno, dejemos esto a un lado.

—No, no, de ninguna manera—protesta «Armand Guerra»—, esto enlaza con lo otro.

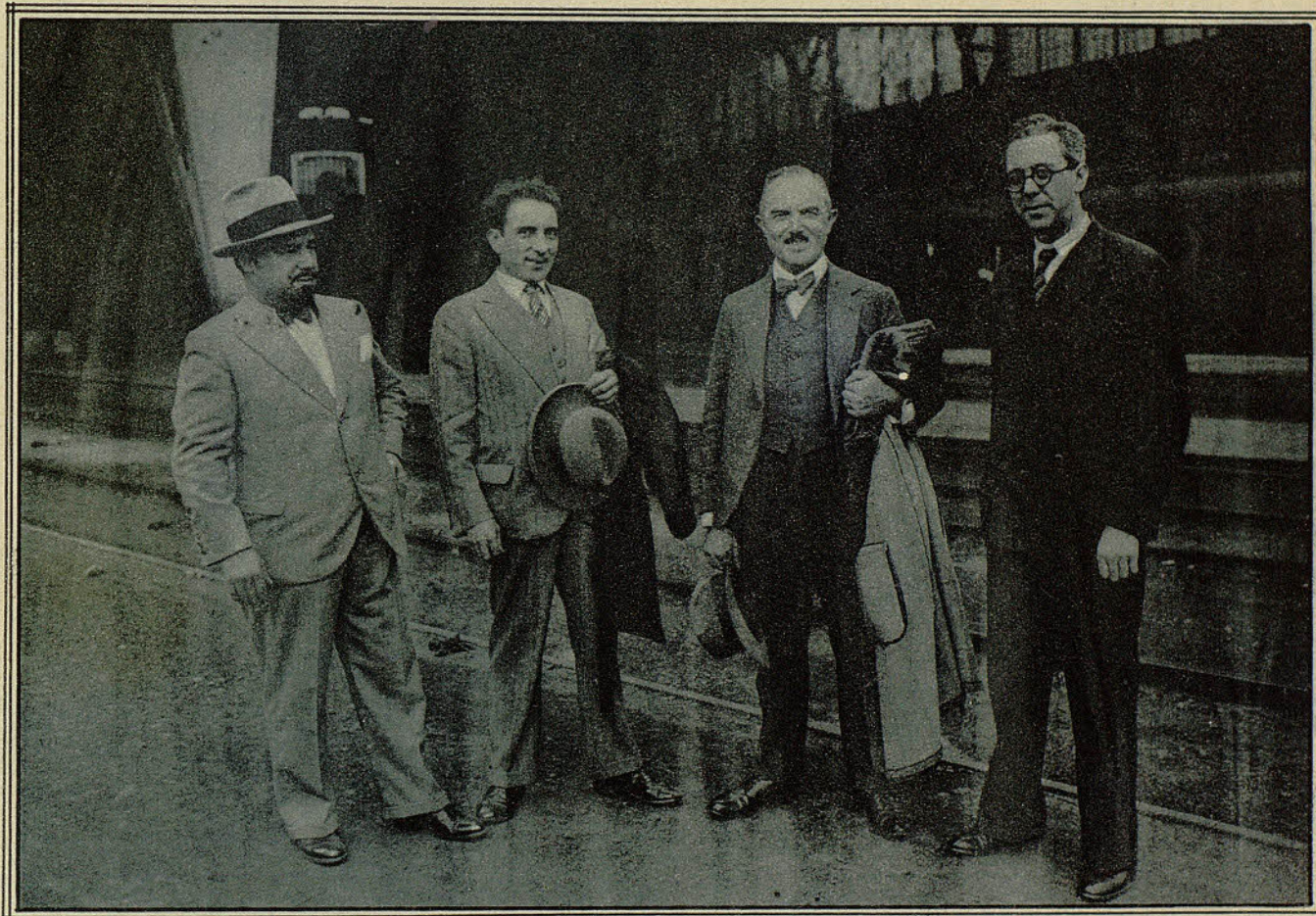
—¿En qué sentido?

—Verá usted. Lo que hay que hacer para que España tenga su cinema, es formar un grupo capitalista, rodearlo de técnicos, darle una orientación, un espíritu a la película hispana, instalar unos estudios que estén dotados de los elementos más modernos, y lanzar a la producción. Luego, en lugar de solicitar del Gobierno una fuerte cantidad, cederle al Estado un veinte por ciento de los be-

Cinematografistas en España

De izquierda a derecha don Salvador Torres, administrador y director técnico de «Popular Film»; «Armand Guerra», corresponsal, en Berlín, de nuestra revista; Sr. Ernst Augspach, director general de la S. A. suizo-alemana «Primotor» y nuestro compañero Mateo Santos.

(Foto Claret).



neficios, a cambio sólo de ciertas facilidades para la filmación. Esto es hacer cine y ser patriota. Lo otro, en el mejor de los casos, es perder el tiempo lastimosamente.

—Y poner a España en ridículo—agrego yo.

El señor Ernst Augspach, sigue con interés la conversación, que «Armand Guerra» le va traduciendo al alemán. De vez en cuando hace unas observaciones llenas de agudeza y de buen sentido.

«Armand Guerra», continúa:

—El señor Ernst Augspach me ruega le diga que el plan que acabo de esbozarle es el nuestro y ya está iniciado sólidamente en Valencia.

—¿Se ha formado ya la Sociedad?

—Faltan algunas formalidades. Sin embargo, es un hecho.

—¿Cómo se llamará?

—Sociedad Anónima Hispano Cinema. El señor Ernst Augspach figurará como director del grupo coasociado extranjero para las versiones en lengua alemana y francesa y yo como director general artístico y «metteur en scène». Seguirán a los nuestros otros nombres

conocidos en España que no conviene ahora que se sepan.

—¿Así, el mismo film se hará en español, alemán y francés?

—Claro. De otro modo sería más difícil amortizar su coste. Una película siempre es cara. Además, hay que tener en cuenta que el cine ha perdido con la palabra su universalidad. Esta reducción en su horizonte comercial, hay que ampliarla haciendo la misma banda en distintos idiomas para que la producción tenga más mercados.

—¿Se instalará el estudio en Valencia?

—Desde luego. Hay varias razones que así lo aconsejan. Dentro de unas semanas empezarán las obras, bajo la dirección de un ingeniero y técnicos alemanes.

—Aquí se tiene la idea de que cualquier pabellón o edificio sirve para estudio cinematográfico.

—Es un error. Un estudio moderno requiere una construcción y unas condiciones especialísimas.

—¿Qué aparatos tomavoces utilizarán?

—Los «Primotor». Una maravilla. Y de un

mecanismo sencillo que hace fácil su manejo.

El señor Ernst Augspach, me muestra unos diseños de estos aparatos. Y me da unas explicaciones. Tengo la convicción de que «Armand Guerra» no ha exagerado.

Ya en la estación de Francia y momentos antes de partir el tren que ha de llevar hacia Alemania a los dos activos cinematografistas, Claret nos hace una fotografía. Obligamos al señor Torres, que ha ido a la estación a saludarlos, a que se ponga en el grupo.

Quando el tren va a partir, pregunto a «Armand Guerra»:

—¿Hasta cuándo?

—Hasta muy pronto. Esto es cosa hecha y hay que activarlo todo.

El señor Ernst Augspach, me dice que piensa hablar español muy pronto y para demostrarme que ya algo ha aprendido en su rapidísimo viaje a España, se despide diciendo:

—¡Adiós! España es magnífica. ¡Viva España!

MATEO SANTOS

CÓMO BESAN LAS ESPAÑOLAS

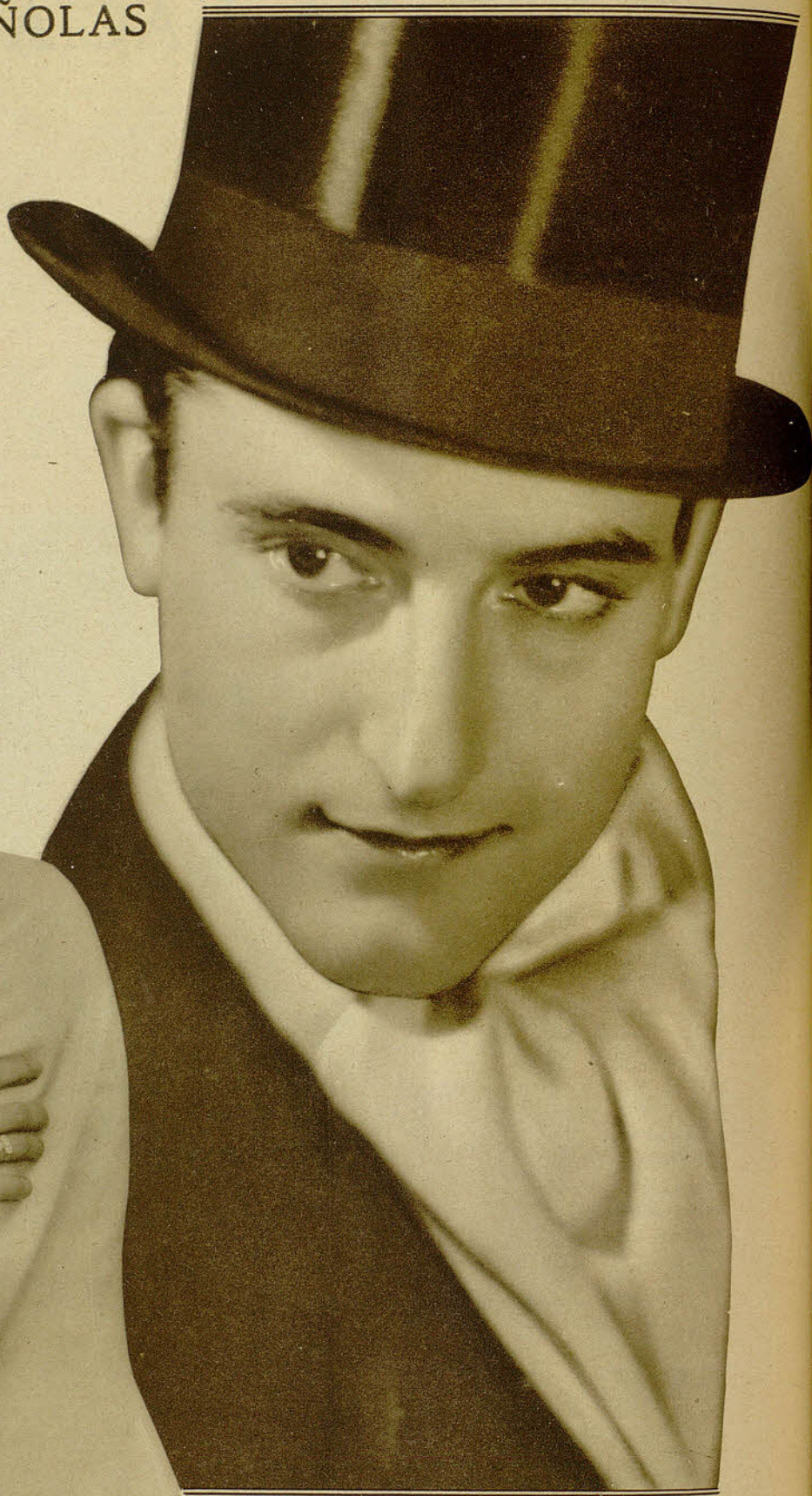
HACE tiempo que tenía deseos de hacerle una entrevista a Crespo, de darlo a conocer al público, aunque sólo fuera en parte, en toda su sencillez y en toda su modestia. Porque aunque José Crespo es uno de los tres o cuatro actores nuestros a quienes se estima en Hollywood y se recibe en todos los salones, es el menos jactancioso de todos y que más sinceramente comprende la necesidad que tiene todo actor de estudiar y aprender a diario algo nuevo.

Las películas que Crespo ha filmado prueban el

éxito de esa labor de mejoramiento continuo. De «Olimpia» a «Madame X» o «Mary Dugan» hay una grandísima distancia.

Crespo es casi un veterano del cine. Vino a Hollywood en 1926 y desde entonces ha estado luchando por conseguir un puesto entre los actores cinematográficos. En aquellos días la competencia era más dura en razón de tener el cine carácter internacional y universal. Sin embargo, puede ufanarse de haber tenido una parte de primera importancia en la película de Dolores del Río «Venganza». Más adelante trabajó

Maria Alba
es la que
mejor besa,
dice Crespo
que la ha
besado en
«Olimpia».



en dos o tres cintas de la Fox, como «La Calle de la Alegría», con Louis Moran. En marcha plena ascensional lo sorprendió la transformación del cine silencioso en parlante.

En aquellos momentos Hollywood parecía una casa de locos. Centenares de actores veteranos tuvieron que retirarse del cine. Astros de primera clase como Vilma Banky, Corinne Griffith, etc., fueron obligados a vender sus contratos. La mitad de Broadway se volcó en Ho-

llywood apoderándose los actores teatrales de muchos papeles importantes. Y para rematar la confusión, la Bolsa de Nueva York marcó los records de su baja y arruinó a las tres cuartas partes de la población hollywoodense. Crespo, aun cuando habla el inglés bastante bien, tiene un acento español que le impide actuar en películas que no exigen que la nacionalidad del protagonista sea latina. Las puertas del cine se le cerraron casi por comple-

• popular film •

El beso de Conchita Montenegro y José Crespo en la película M.-G.-M. "En cada puerta un amor".



to y hubo de marchar a Méjico en espera de un nuevo permiso de las autoridades de inmigración yanqui, ya que en su condición de español estaba sujeto a las limitaciones de la cuota.

De Méjico lo trajo contratado la Metro Goldwyn Mayer para filmar el principal «role» de «Olimpia».

—Entré a los escenarios, dice Crespo, a las seis horas de haber llegado a Hollywood, sin que me hubiera sido posible leer la obra ni menos aprender las líneas. Y venía a trabajar en esas condiciones después de haber efectuado un viaje de siete días, en automóvil, por caminos no siempre aceptables y con la constante preocupación de si las autoridades de la frontera me permitirían el ingreso o no.

Inmediatamente contrató la Metro a Crespo por una película más, «El presidio» pero con opción a un contrato de un año.

A la segunda semana de haberse comenzado «El presidio» la opción de Crespo fué tomada por la Metro.

Ahora, cuando el cine español ha enmudecido por completo, José Crespo que no ha dejado un momento de estudiar inglés se prepara para debutar en la producción americana.

—¿Cree usted en el porvenir del cine español?

—Desde luego. Tengo la seguridad de que se harán películas españolas capaces de interesar al público y de dar trabajo a centenares de actores que merezcan tenerlo.

—¿Cree usted que la prensa ha contribuido al fracaso de la producción española?

—Tanto como haber contribuido al fracaso quizás no. Pero no ha cooperado con nosotros en ningún momento; si alguna excepción puede hacerse ésta es en favor de los diarios de Buenos Aires,

Santiago de Chile y «El Universal» de Méjico. El resto de la prensa ha mirado la producción no sólo con indiferencia sino con desprecio y nos ha encontrado defectos de que también adolecen las cintas americanas, pero que en ellas calla.

—¿Le gusta «Mamá», la película de Gregorio Martínez Sierra y Catalina Bárcena?

—Creo que es la revelación del derecho que tiene el cine a contar con los servicios de Catalina Bárcena.

—¿Qué actores son los que le gustan más?

—De los nuestros, ninguno. De los americanos, Anne Harding y Fredie March me parecen los más completos.

—¿Cuál de sus películas le gusta más?

—Sinceramente, ninguna.

Esta última respuesta, que honra a Crespo por la rotundidad con que la dice, me parece resultado de la modestia más que de la propia observación. «El proceso de Mary Dugan», su última cinta para la Metro, es algo de lo mejor que se ha filmado en español. El mismo De Sano, que la dirigió y que durante muchos años ha estado a cargo de cintas americanas, está contento de ella.

—Y ahora—le pregunto a Crespo— dígame cómo besan las españolas.

—Verá usted—me replica—. María Alba es la que mejor besa. Luana Alcañiz besa apasionadamente, con demasiada maestría, como suelen hacerlo las casadas, y Conchita Montenegro, aunque es un temperamento ardiente, ante la cámara besa con una frialdad que aterra. En esto se parece a la gran Greta Garbo.

Y con estas palabras queda cerrada la entrevista.

F. R.

Luana Alcañiz besa apasionadamente a José Crespo en «El presidio».



De espectadora de boxe a estrella de la pantalla

por FERNANDO RONDÓN

El cuadro blanco del ring flota sobre diez mil cabezas como una hoja de papel. Los ojos femeninos juguetean sobre los torsos yunques y los brazos martillos. Los hombres, con los dientes apretados como engranajes de marfil, oscurecen los ojos.

Delante de mí una rubia trueca el gong en sonaja bajo el sortilegio de su mirada hecha de audacias y de temores. A su lado Charlie Chaplin se despreocupa de la lucha por hacerla preguntas.

—¿Le gusta el cine?

—Me entretiene mucho.

—¿No ha sido nunca artista?

—No.

—Usted tiene el tipo de la muchacha que necesito para mi próxima película. Me daría un gran placer si viniera mañana a mi estudio.

—¿Qué bromista es usted!

Estreno en el Teatro Los Angeles de la cinta «Las luces de la ciudad».

Tinieblas en la sala. En la pantalla Carlitos sufre porque no puede devolver la vista a Virginia Cherrill. El mar de la platea se emociona, las ondas de las butacas se mecen ligeramente hacia adelante. Los rostros, espuma sensual, hacen burbujas de lágrimas.

Nuestro teatro está apiñado de estrellas, directores y escritores de Hollywood. Acaso es ésta la razón de que el eje de los espectadores, que en todos los cines trata de confundirse con el de los actores, quiera aquí serle tangencial. Y sin embargo, las otras multitudes sólo imitan y nuestro público copia. Es

únicamente un caso de modestia.

A mi derecha ronca cortésmente un supervisor de películas. A mi izquierda lucha por encajarse en su butaca la voluminosa crítica cinematográfica de un importante diario de Los Angeles.

Las ondas del mar se acercan cada vez más a la pantalla...

Ha concluido la función. Los candela-bros derraman su luz sobre los muros de la sala, blancos como lechos de colegialas.

En el foyer las serpentinadas de la conversación tejen guirnaladas, se entrelazan a las columnas, fingen follajes. Un diluvio de aplausos llena la antesala. Los elogios no se dife-



Virginia Cherrill, la bella rubia descubierta por Charles Chaplin en una sala de boxe y actualmente artista de la Fox.

rencian, los acentos y los dialectos son sí bien distintos. Pero ni se oponen ni entrecrocán. Un foyer es siempre un campo neutral.

Todas las señoras que desfilan han proscrito a Ruben de sus galerías de arte. Si conocieran al Greco le encargarían sus retratos y lo volverían millonario. La ligereza de las gasas apenas disimula las formas y las líneas rectas o suavemente quebradas. La Naturaleza ha brotado aquí palmeras. Y el sport, geometría aplicada, se encarga de reparar lo que los años desordenan.

Las sonrisas de Chaplin son apenas comprendidas por los críticos que muestran el ceño adusto. El coro de felicitantes no tiene tiempo de percatarse de que el anunciador de radio confundió a Loretta Young con Louise Fazenda y a Slim Sumerville con Louis B. Mayer...

De pronto se abren los grupos, relumbra el oro y plata de los modelos de Worth y de Patou. Las toilettes, espigas de colores, se in-

OROCREMA

JABON DE
ALMENDRAS

¡Tantas fórmulas de belleza que usted habrá leído y aun probado, y tan fácil y a mano como tiene una, sencilla, económica e infalible!

El uso constante en el baño y en el tocador, propio y de los suyos, del famoso jabón

OROCREMA

de pasta de almendras, glicerina y aceite de coco.

¡No olvide que se imita!

LOS PERFUMES DE TASARA
ALFONSO XII, 11

BADALONA

clinan ante la espiga reina. ¡Es Virginia Cherrill que pasa! Sus ojos dan calor aunque estén teñidos de dulzura. Hay una suave invitación en sus palabras, en sus rizos de los que está muriéndose de envidia el sol.

Es la belleza vista como expresión de un alma.

La sonrisa de Virginia tiene la suavidad maliciosa de un chiquillo que teme le quiten sus bombones.

El vertiginoso rodar de los automóviles arranca chispas al asfalto blando de la Wiltshire. A lo largo del boulevard los faroles pintan los árboles y las paredes cuyos colores se llevó la tarde. Pasan nadando las casas sombrías y silenciosas. Pasan las calles desiertas y silenciosas. Pasan los cerros embozados en sus parduzcos mantos.

En el salón del Ambassador se apretujan las parejas como en el ferrocarril subterráneo de Nueva York. Los compases de tango sorben las almas de las mujeres como el sol bebe los matices del campo. ¡Qué poco sentido tiene el tango cuando se refleja en los ojos de Virginia Cherrill!

Virginia es alta, de cabellos muy dorados y ojos color agua marina. Todas las sugerencias de su figura se funden en su voz de un vago candor de orlas de plata. Es una de las pocas chiquillas que no vino a Hollywood para ser artista. Invitada por su amiga Sue Carroll, decidió pasar sus vacaciones en California. Y aquí conoció a Chaplin y se convirtió en su estrella. Pero no ha perdido su emoción de colegiala.

Cerca de nuestra mesa tiene lugar un banquete ofrecido por Mr. Lasky en honor de los actores de su estudio.

—Las diversiones oficiales de Hollywood— dice Virginia—son siempre el aburrimiento íntimo. Hasta hace muy poco tiempo me retiraba de todas las reuniones a las doce y media.

—Como una chiquilla a quien visten por primera vez de largo.

—¡Oh, no! Sólo era una costumbre. Pero ahora he cambiado. Hollywood nos enseña a vivir aceptándolo todo, alegría cuando es alegría, tristeza cuando es tristeza. Ahora nos ofrece... música, nuestra amistad y el espectáculo de los demás.

—Muy edificante.

—Aquí todos me hacen el efecto de que hubieran bebido mucho. De lo contrario no preferirían dar empujones a los demás para rematar una figura de baile.

—A pesar de todo uno se siente bien aquí.

—Sí. Porque nada ahoga tanto como la co-

rrección donde uno no piensa encontrarla. ¡Oh! Pero usted va a pensar que soy muy crítica. Por eso no hablo nunca...

Junto a nosotros se desliza Anita Page con sus pasitos de muñeca de sedas. La administración del hotel cuida escrupulosamente de los cocoteros, como cuida de los negros de la orquesta. Y cuida también de todos los detalles que puedan provocar un más alto grado de calor. Conoce perfectamente la psicología femenina; para ella las lecciones de Simmel no constituyen ninguna novedad.

Los faroles perdidos durante el día entre el raquítico follaje de las plantas, consiguen ahora los honores de un presuntuoso primer plano.

Tres meses después en Santa Bárbara. Virginia viene a la playa a la hora de la tarde en que los vientos dejan de soplar. El sol satisface su envidia bebién-

dose los rizos de Virginia mientras millares de sombrillas se bambolean a su alrededor como flores exóticas.

La tarde rompe su vestido de sedas policromas en las ramas afiladas de los árboles. Desde la ca a de Virginia la ciudad aparece ocre y azul.

Se habla de películas y de amores, de divorcios y de viajes, de negocios y de matrimonios. Los eternos temas de Hollywood. Las confesiones de Pola Negri son el tema de las sonrisas generales.

En la casa vecina, separada sólo por un muro de césped, vive Marlen Dietrich. De la terraza de esta casa se divisan claramente los jardines y la blanquísima piscina.

—¿Será una rival para Greta?—pregunta Virginia.

—No lo sé... no lo creo.

Y pensando en Marlene los dos nos quedamos mirando a la luna, copo de plateada espuma que el capricho inconsciente del viento ha lanzado a la altura.

Hollywood, 1931.



Virginia
Cherrill, con el
Sr. Fred d'Bour-
bon y Fernando Ron-
dón, autor de esta crónica.

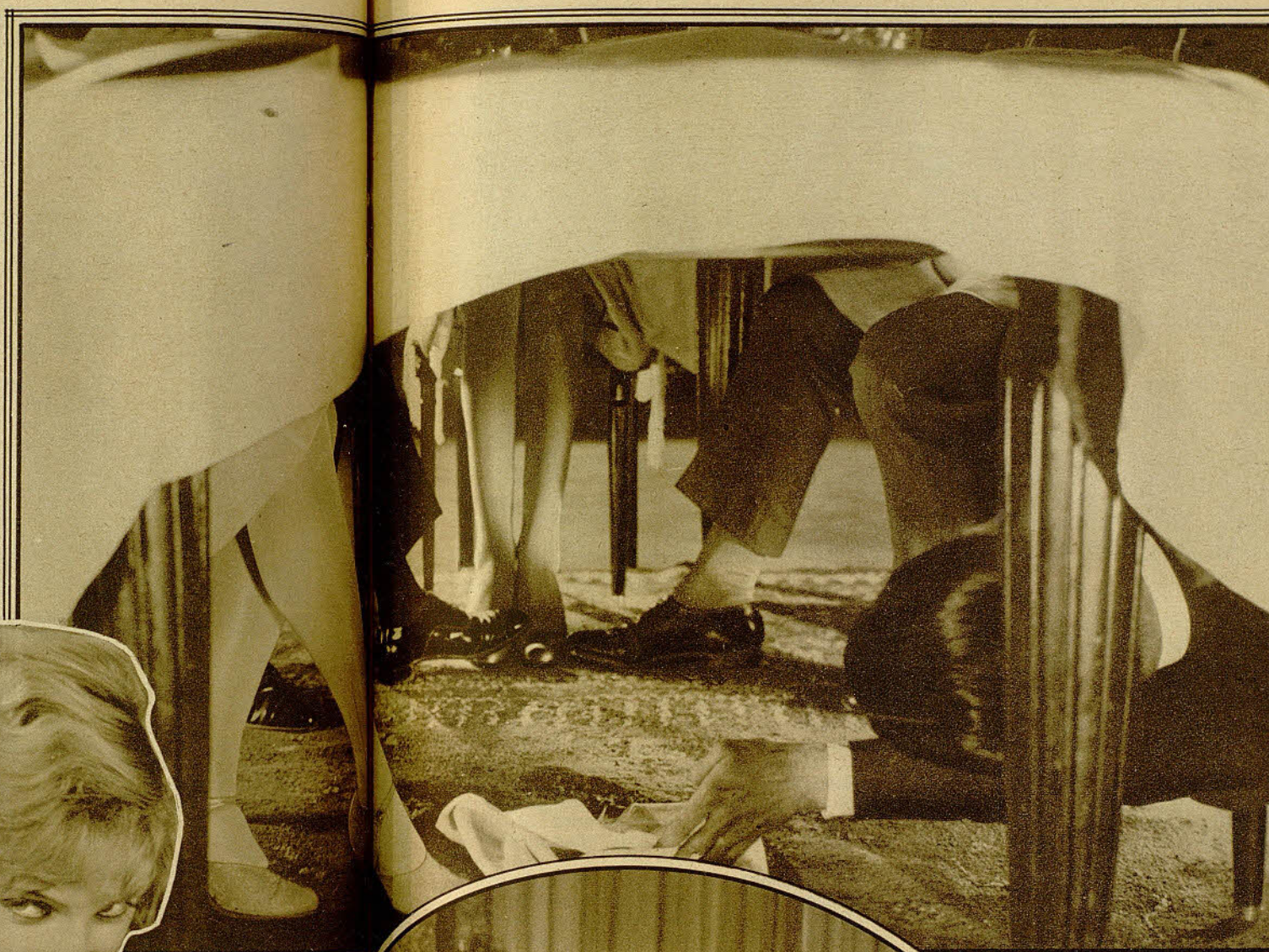
Un provinciano en París

y son sus intérpretes principales, Tony D'Algy, Colette Darfeuil y Georges Colin, tres artistas latinos de indiscutible valía y muy conocidos y admirados de nuestro público, que tendrá pronto ocasión de aplaudirlos.

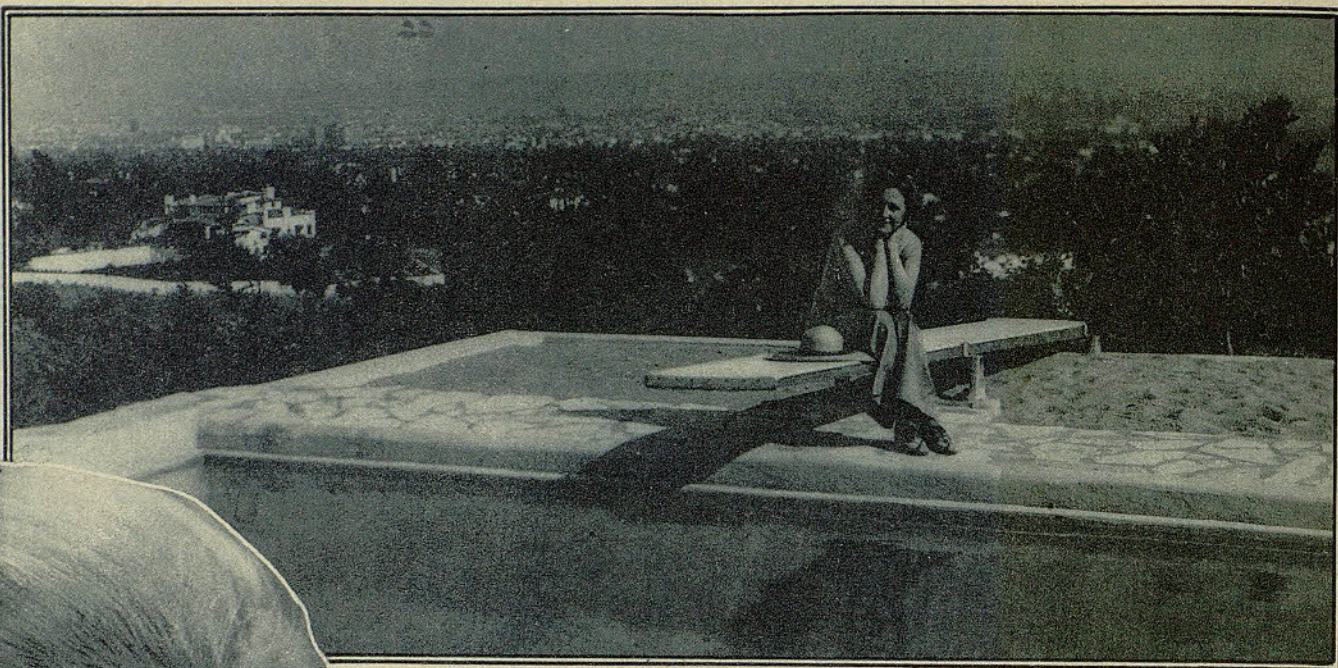


Los films de la temporada

Cinematográfica Almira presentará esta temporada en las pantallas españolas un gracioso y picaresco vodevil de Roger Lion, perteneciente a "Les Distributeurs Réunis" de Francia. El título de esta producción, que conserva el sprit y el fino humorismo francés, es



Eleanor Boardman, ve reflejarse su imagen en las aguas del estanque. Al fondo se ven las casas de Hollywood.



Porqué las prefiero rubias

por SAMUEL GOLDWYN

PRESUMO que el debate sobre la cuestión: «¿Quiénes son más seductoras, las morenas o las rubias?» continuará ininterrumpidamente hasta que suene la trompeta del juicio final, y aún entonces cuando la cabalgata comparezca ante el supremo tribunal algún camarada de Hoboken, admirador de las morenas, encontrará a otro camarada de Wichita que lo sea de las rubias y discutirán hasta que caiga el telón. Los hombres somos así.

En mi labor de productor cinematográfico he utilizado a muchas mujeres jóvenes y bellas. Encontré a Mae

Murray trabajando en las «Follies» y la llevé a Hollywood. Vi a Fanny Ward en un ascensor y la ofrecí su primer contrato cinematográfico. Descubrí a Eleanor Boardman trabajando en la escena en los alrededores de Nueva York, y hallé a Frances Howard, con la que me casé, en Gotham. Todas ellas eran rubias.

Más recientemente contraté a Vilma Banky, Belle Bennett, Constance Howard, Lily Damita, Evelyn Laye, Joan Bennett, Frances Daye y Eleanor Hunt, las cuales, a excepción de la última, eran todas rubias. Aun ésta, si no es rubia, tiene el pelo rojizo.

«¿Por qué se inclina usted» me han preguntado «hacia las blondas bellezas?»

Creo que lo he hecho involuntariamente. Esta es la contestación que en mi criterio he de dar a la pregunta: una rubia os da la sensación de criatura afeminada, más delicada y atractiva que una morena, una criatura que, en una palabra, parece necesitar más la protección del hombre. Su mismo color sugiere la feminidad. Su visión quedará más tiempo en la memoria que la de una muchacha más robusta, de pelo oscuro. Hay en ella una suavidad que hace pensar en las pinturas al pastel. Para ilustrar estas afirmaciones más voy a citar el caso de Vilma Banky.

Me hallaba en Budapest el año 1925, sin buscar precisamente nuevas figuras para la pantalla, aunque en realidad siempre estoy en busca de ellas, sino que observaba a las artistas en boga en aquel momento. Paseando por la calle vi un cartel con la imagen de una hermosa joven. Era obra de algún artista de mérito. Me detuve a admirarlo. Un rótulo colocado debajo anunciaba que la muchacha aparecía en una obra teatral que se representaba en uno de los teatros de aquella ciudad.

«Es preciso que la vea», me dije a mí mismo.

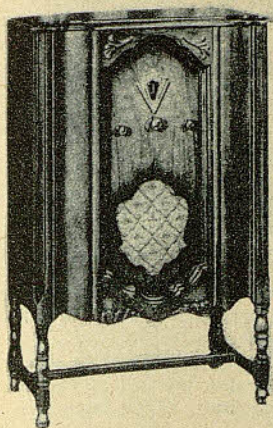
Empecé a andar unos metros, para volver después sobre mis pasos. La visión de la muchacha se mantenía viva en mi memoria. Creo que esto es lo que se necesita de un artista. Los productores necesitamos muchachas tan encantadoras y atractivas que sus películas sean recordadas una y otra vez. Necesitamos que sean recordadas, y esto, he hallado que ocurre con las rubias. Su color «se os queda en los ojos».

Me procuré una entrevista con Vilma Banky que no dió ningún resultado y estaba ya dispuesto a regresar a América cuando mis amigos insistieron que volviese a verla, demorando para ello mi partida. Así lo hice y terminé por contratarla. Cuando estuvo firmado el do-

Joan Bennett



COLUMBIA



El mayor prestigio en receptores radio.

Chassis de 5, 8 y 9 lámparas.

En mueble y combinado con fono.

URGEN REPRESENTANTES

RADIO-Saturno

Apartado, 501 - BARCELONA

cumento me di cuenta de que se pellizcaba ella misma.

«¿Por qué hace usted esto?», le pregunté.

«Porque yo misma dudo de que sea verdad», me contestó, «que yo vaya a América».

Creo que son los ojos de Vilma de un extraño azul de Mediterráneo, lo que constituye su principal atractivo. Tienen un colorido como pocos ojos poseen. La estrella se retiró de la pantalla para representar el papel de esposa de Rod la Rocque en la vida real, pero un día me mandó un billete redactado en estos términos:

«Mi querido Sam: Me es muy difícil encontrar palabras para expresarle la gratitud que siento por cuanto ha hecho por mí. Sepa usted que desde el fondo de mi corazón le doy las más sinceras gracias por la gran felicidad y espléndido éxito que me ha proporcionado en América. Su agradecida, Vilma.»

El billete me complació. No es siempre la gratitud lo que halla uno en su camino.

Conocí a Lily Damita en París en 1928. Estaba cenando con mi esposa en un restaurante cuando llegó acompañada de varios franceses. La miré fijamente. De nuevo una «visión» se me entró en los ojos. El recuerdo de esta vivaz y encantadora joven perduró después que regresé al hotel.

«Voy a ver si la contrato», dije a mi esposa.

«Te aconsejo que lo hagas», me replicó ésta que también se había fijado en ella.

Lily Damita no quería venir a América. Había triunfado como bailarina de la Ópera de París, y reemplazado a Mistinguett como estrella del Casino. Interpretó también ocho películas y era llamada «la muñeca de París».

«Aquí me conocen», contestó a mi oferta. «En América, en cambio, no soy conocida. Creo que es mejor que me quede en París.»

«Bueno, pero yo me encargo de hacerla popular», repliqué.

Lily Damita es una mujer de talento. Le hice una excelente proposición comercial, brindándole la

oportunidad de ganar más dinero que podía ganar nunca en París. Hizo sus cálculos por sí misma y dijo finalmente:

«Conforme, iré a América.»

Su éxito aquí es de todos conocido. Es tan famosa ahora en los Estados Unidos como era antes en Francia.

Damita tiene el cabello de color castaño claro y los ojos azules; puede considerarse, pues, su tipo como rubio.

Quizás el ejemplo más elocuente de cómo las «visiones» de las rubias bellezas quedan retratadas en la imaginación, es el caso de Evelyn Laye, la actriz inglesa que contraté el año pasado. Por allá el 1925, creo, la vi en Londres en «Madame Pompadour», y quedé encantado con su voz.

«Creo que algún día podré utilizarla», me dije a mí mismo.

No fui yo solo en pensarlo. Ziegfeld se interesó también mucho por ella. Los Shubert

querían construirle un teatro expreso en América. Estaba, no obstante, muy adentrada en el corazón del público inglés para pensar en marcharse. Cuando el cine parlante vino a cambiar por completo el panorama de la cinematografía, creí llegado el momento de convencerla.

«Pero señor Goldwyn, por Dios, yo no quisiera ir a América», protestaba repetidamente. «Mis amistades, mi familia, mi trabajo están aquí. América me conoce muy poco.»

Dejé escapar dos vapores en mis esfuerzos para convencerla. Aumenté mi oferta hasta la cifra máxima que podía atreverme a alcanzar, y finalmente, dije:

«Bueno, miss Laye, podemos hacer nuestras maletas e irnos a casa, pero antes quiero decirle lo que haría. Si a las seis de la tarde de hoy ha firmado este contrato, le daré cinco mil libras esterlinas. Pero después de las seis ya no espero más.»

Antes de que el reloj diese esta hora Evelyn vino y me dijo: «Firmaré, señor Goldwyn. Extienda el contrato.»

Dejo al criterio del público de América y de todo el mundo el juzgar, cuando se proyecten sus películas, si es o no una de las muchachas más hermosas que han aparecido en la pantalla, una rubia visión cuyo recuerdo se perpetuará entre los que la vean.

En Joan Bennett hallé más de un problema a resolver. Joan tiene una mirada reflexiva y conmovedora, y es particularmente femenina en su estatura y en su porte. Cuando la hube contratado le dije que debía cortarse el pelo que era demasiado abundante para una joven de su complexión. Además era muy nerviosa. Su cara reflejada en el espejo era pálida, demudada; quizás ennoblecida. Estaba demasiado cansada para llorar. El cepillo se escapó de su mano cayéndole sobre las rodillas, y se quedó sentada e inmóvil, pensando en su esposo con austero dolor. No podía irse con él ni podía él volver a ella. Todo había terminado y parecía ya un poco remoto.

(Continúa en «Informaciones»)

Eleanor
Hunt



Norma Talmadge es una de esas grandes seductoras.

MUJERES FATALES

por NORMA TALMADGE

capturó el corazón de Napoleón, Mlle. Georges

Aunque mi objeto era estudiar la vida de la alegre Du Barry para encarnar su figura en la pantalla cuando empecé este estudio me sentí también interesada por la vida de otras mujeres no menos célebres que ella.

¿Cuál era el secreto de su poder sobre los hombres? No era debido a una razón física, pues algunas de ellas no tenían ni un rostro ni una figura extraordinarios. El hombre se cansa pronto de la simple belleza.

No, era debido a una peculiar combinación de cualidades. Esas mujeres llenaban los ojos de los hombres con sus encantos, pero encendían en sus almas una llama más devoradora. Eran ricas en mundana sabiduría adquirida por la experiencia, y esta experiencia no era muy deliciosa, en muchos casos, juzgada con un criterio puritano.

Su poder no actuaba solamente sobre los sentidos de los hombres sino sobre sus almas también. Sabían entretenerlos y divertirlos. Los inspiraban para que supiesen gozar de la vida, no solamente con fiestas y festines, sino también con un impulso hacia la cultura. Reunían en torno de ellos a filósofos y poetas, pintores y músicos. Protegían las bellas artes, hacían de la vida un lujo, y gastaban los tesoros del mundo para hallar nuevos deleites y sensaciones.

La nariz de Cleopatra sería hoy

un poco larga para que interpretase películas, pero supo convertir el Nilo en un río encantado para César primero y para Marco Antonio después.

Theodora procedía del más humilde origen, pero su voluntad indomable la hizo emperatriz y salvó el trono de su esposo de un terrible desastre.

Nell Gwyn pudo ser grosera e impudente, pero encantó al rey Carlos y se hizo adorar de la gente humilde por su sencillez.

Ni en nuestros tiempos modernos han faltado sirenas. Gaby Deslys fascinó al rey de Portugal a quien alejó tanto de su trono que acabó por perderlo.

Ultimamente el príncipe Carol se apoderó del trono de Rumania con un golpe de Estado, recuperando lo que había abandonado por Mme. Lupescu.

Nuestra propia Peggy Hopkins Joyce ha esclavizado a hombres de ambos continentes.

Siempre ha habido sirenas y siempre las habrá. Allí en la penumbra de la historia debía haberlas también, vestidas con pieles de leopardo, y los hombres se las disputaban bañándose con sus primitivas mazas.

Eva fué la primera tentadora, pero debe excluirse de la lista. En su tiempo el campo era muy limitado. No tenía competencia alguna y por lo tanto no tuvo ningún mérito.

En sucesivos capítulos trataré de perfilar los caracteres de algunas de las más famosas sirenas.

II

Si Cleopatra viviese hoy sería reina de nuevo. Egipto se levantaría a su voz y victoriosos generales invadirían el Asia para enriquecer las arcas de su tesoro.

Fué una mujer predestinada; la más encantadora sirena de la historia, sin duda alguna. Conquistó el corazón del poderoso César y del

I

Cada edad tiene sus mujeres, sus sirenas, que si fueron poco discretas en materia amorosa, tenían belleza e ingenio, poder y decisión suficientes para volver la cabeza de los reyes y cambiar los destinos de las naciones. Se las encuentra desparramadas por las páginas de la historia como hálitos de pasión, viviendo para el amor y el lujo, y dejando a menudo que la tragedia perpetúe sus nombres.

Egipto tiene su Cleopatra, la Grecia antigua su Aspasia y su Lais, Roma su Tullia d'Aragona, Constantinopla su Theodora, Inglaterra su Nell Gwyn y su Lady Hamilton, la Europa Central su Guillermina de Graevenitz y su Bárbara Blomberg, y Francia sintió la fascinación de una serie de mujeres que va de Ninón de Lenclos a la marquesa de Montespan, de madame Pompadour a la condesa Du Barry; sin olvidar, naturalmente, la actriz que

Marlene Dietrich es otra de las Evas

tentadoras, en la pantalla, por supuesto.

· popular film ·

galante Marco Antonio. Restauró el gran Imperio de los Faraones y lo vio derrumbarse cuando ella desafió a la Roma Imperial. Murió como una reina, por su propia mano.

Cleopatra nació en la frívola ciudad de Alejandría, 69 años antes de Jesucristo, siendo hija de Ptolomeo Auletas. Se dice que Marco Antonio, joven general entonces de la caballería romana, la vio por primera vez cuando sólo tenía ella dieciséis años y se enamoró instantáneamente.

A la muerte de su padre pasó a gobernar su país pero pronto fué llevada al destierro por el partido nacionalista egipcio impulsado por el propio hermano de Cleopatra que compartía el trono con ella y quiso arrojarla de él movido por su ambición.

César tomó las riendas del gobierno y decidió terminar la fraternal querrela del modo

más imparcial propio de la Roma imperial. Pero, para Cleopatra, el comparecer ante César en juicio público significaba la muerte, tal era el odio que la tenían sus enemigos. Se valió, pues, de una astucia y, oculta entre un fardo de alfombras se hizo llevar a presencia de César, sorprendiéndole cuando emergió cual una bella aparición de entre las alfombras.

El emperador se rindió inmediatamente a sus encantos, pero se vio obligado a combatir en defensa de ella y propia durante la guerra alejandrina que estalló al proclamarse César campeón de Cleopatra.

Cuando terminó la guerra le demostró ella su gratitud haciendo construir un magnífico buque de recreo, endoselado de púrpura, brillante de joyas y decorados. De su unión nació un niño. Cleopatra le llamó Cesarión, y cuando César volvió a Roma ella le acompañó, vi-

viendo en su magnífica residencia hasta que pereció asesinado.

Marco Antonio sucedió a César en el corazón de Cleopatra. Su fascinación, su «pose», su extraordinaria inteligencia y melodiosa voz eran demasiado para que el romano pudiese resistirlas. Abandonó su esposa Fulvia para partir con Cleopatra a Alejandría. Fulvia intentó vengarse, pero fracasó en su empeño y murió de pena.

Las necesidades de la política impusieron que Antonio, que había dejado escapar de su control a su poderoso ejército mientras se abandonaba en brazos de Cleopatra, hiciese una alianza con Octavio que gobernaba Roma. El precio de esta alianza era que Antonio se casase con la hermana viuda de Octavio, llamada Octavia. Así lo hizo Antonio pero pronto abandonó a Octavia como había abandonado a Fulvia para correr hacia Cleopatra.

Esto ocasionó una completa ruptura con Roma y la indignación de los romanos no conoció límites. Antonio, inducido por Cleopatra, desafió a Roma y la guerra se hizo inevitable.

Reunieron un ejército inmenso y la más poderosa escuadra de cuantas se habían constituido hasta entonces. Pero los buques eran demasiado grandes y de difícil manejo para su reducida tripulación. La escuadra fué batida e incendiada por los romanos en Actium.

Esta derrota desmoralizó a Marco Antonio. En vano trató Cleopatra de animarle para que reorganizase los ejércitos de ella para librar batalla por tierra. Los romanos victoriosos avanzaban. Los soldados de Marco Antonio desertaban en masa.

No estando dispuesta a rendirse y a ser llevada por las calles de Roma como una cautiva del triunfante Octavio, Cleopatra hizo construir una gran tumba, donde escondió sus tesoros, y allí con unos pocos servidores, esperó el momento de perecer por su propia mano.

Hasta Marco Antonio llegó el rumor de que Cleopatra había muerto. Desesperado se arrojó contra su espada para reunirse con la deslumbradora mujer cuyo amor valía para él más que un Imperio. Cuando agonizaba se enteró de que todavía vivía. Todavía halló fuerzas Marco Antonio para hacerse conducir a la tumba que Cleopatra había convertido en su último refugio. El dolor de ésta fué indescriptible. Se abrazó al ensangrentado cuerpo de su amado y lo vio morir con inmenso dolor.

Octavio atacó la tumba por sorpresa y capturó a la desesperada beldad, pero fué defraudado en su esperanza de llevar triunfalmente a Cleopatra y sus joyas en su viaje de regreso a Roma.

La encontraron un día yaciendo en su lecho de oro, muerta y con venenoso áspid sujeto a su seno.

Octavio, cumplió generosamente la última voluntad de Cleopatra y de Marco Antonio; los que tanto se habían amado fueron enterrados uno junto a otro.

III

La más sorprendente mujer del siglo XVII fué quizás Jeanne Poisson que fué después marquesa de Pompadour y amante de Luis XV, el indeciso monarca cuyo afecto era tan difícil conservar.

Fué más que la favorita de este rey. Era, realmente, una avisada estadista y fué la verdadera gobernante durante dos décadas.

Su madre era muy ducha en las lides de amor. Su padre pudo haber sido Poisson, el hábil financiero que le dió su nombre, pero un poderoso funcionario del Gobierno reclamá también este honor y proporcionó a Juana una espléndida educación.

Durante su infancia era considerada como un prodigio y la brillantes intelectual de sus años más tardíos confirmó las promesas de su juventud.

Se casó muy joven con

(Continuará)

Olga Bacalova, otra de las mujeres fatales del cinema.



• popular film •

UNA GRAN ACTRIZ ESPAÑOLA: CATALINA BÁRCENA

El cinema hablado ha dado entrada en los estudios a los artistas de teatro. Los del film, más sobrios de gestos, más espontáneos en el ademán, fallaban, generalmente, en el diálogo.

Muchas glorias del cine tuvieron que ceder sus puestos a cantantes, bailarinas, actores y actrices de la escena.

Algunos artistas teatrales españoles fueron solicitados por Hollywood y París. Entre ellos, Catalina Bárcena, actriz ilustre del teatro hispano, todo sensibilidad, temperamento dramático.

Hay muy pocas actrices de habla hispana que puedan colocarse junto a la Bárcena. Tal vez, Margarita Xirgu y Lola Membrives. Ella—Catalina Bárcena—ha sostenido durante muchos años el prestigio de la comedia española. Sus creaciones, como ingenua, no las ha superado nadie, porque son eso, creaciones, y no pueden ser superadas ni siquiera igualadas.

Ahora ya, Catalina Bárcena, no puede ser propiamente una ingenua de nuestro teatro, pero es la gran actriz, la actriz insuperable, de voz cálida, suave, llena de dulzuras.

No hemos visto aún en la pantalla a Catalina Bárcena, pero no nos sorprendería que su labor en ella fuese tan ponderada como en el teatro. Su voz, a través del micrófono puede conservar sus matices fonéticos. Es una voz que acaricia, voz mimosa, diáfana.

Su figura tiene calidad fotogénica. Estatura media, ni gruesa ni delgada, un rostro de dulce expresión. Su gesto en la escena teatral es sobrio, su ademán pausado.

¿Qué más se requiere para triunfar en el blanco lienzo?

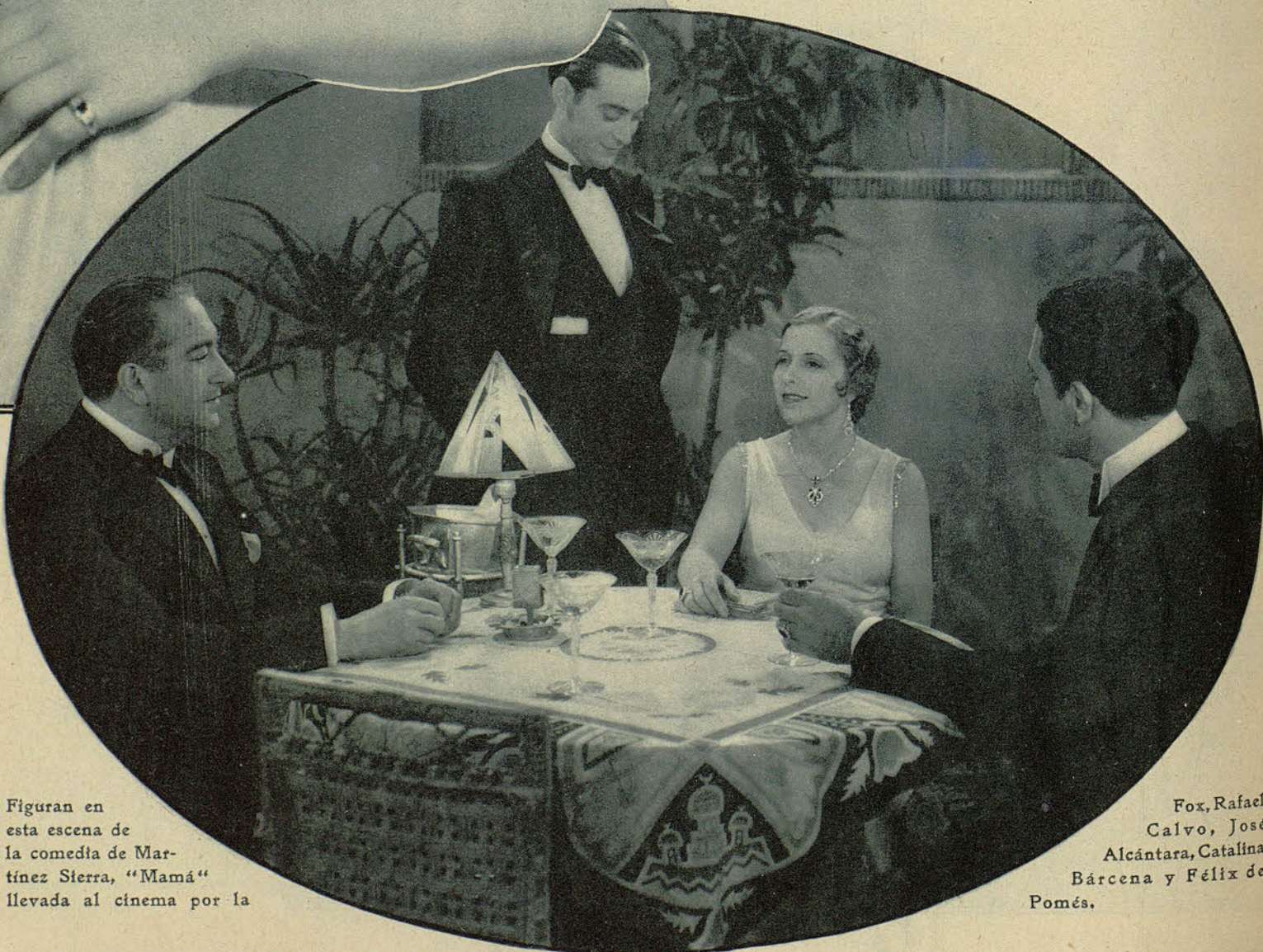
Ahora veremos a la Bárcena en una comedia de Martínez Sierra, que ella ha hecho infinidad de veces en el teatro, pero que adaptada al cinema, con las ventajas que le ofrece la técnica cinematográfica, parecerá nueva. Nos referimos a «Mamá», realizada por la Fox.

Acompañan a Catalina Bárcena en la interpretación de esta obra, otros artistas hispanos de indiscutible valía, como Rafael Rivelles, María Luz Callejo, José Nieto, Félix de Pomés, Julio Peña, Rafael Calvo, José Alcántara...

Ha intervenido en la realización, Martínez Sierra, el director es Benito Perojo.

Tenemos fe en el éxito de Catalina Bárcena como estrella de la pantalla.

GAZEL

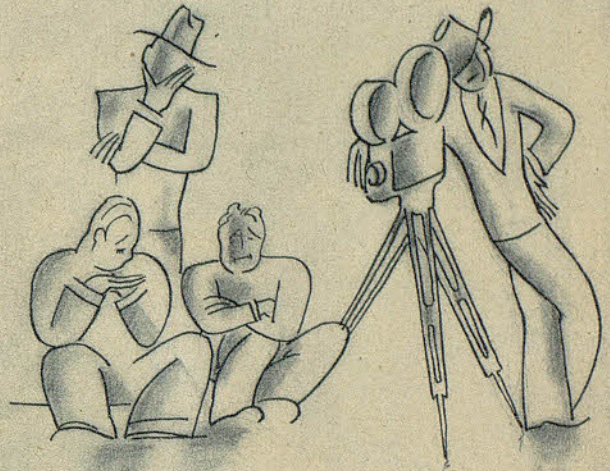
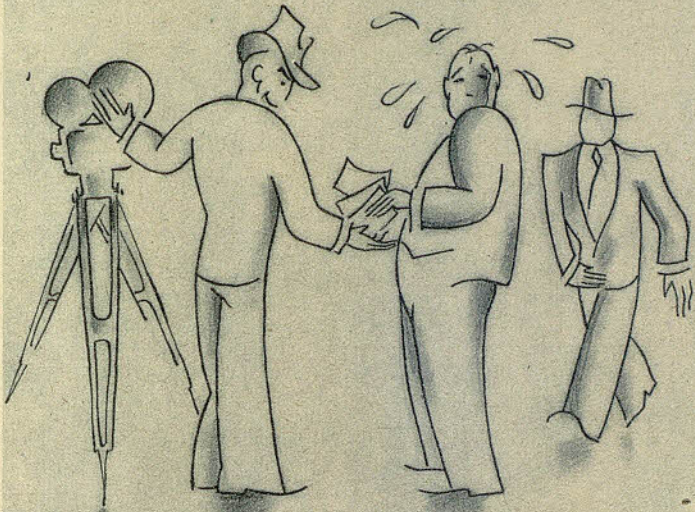


Figuran en esta escena de la comedia de Martínez Sierra, «Mamá» llevada al cinema por la

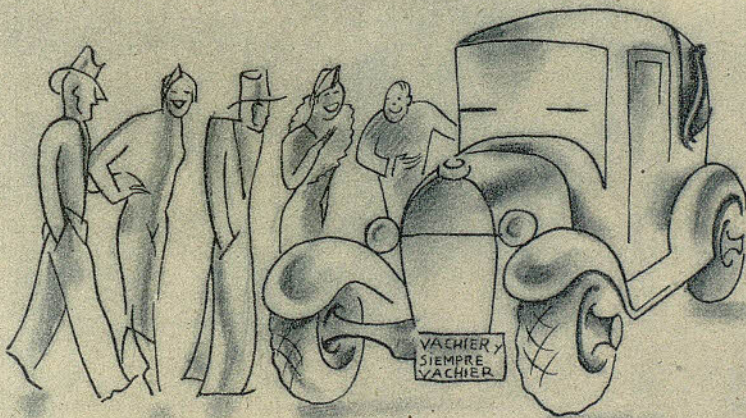
Fox, Rafael Calvo, José Alcántara, Catalina Bárcena y Félix de Pomés.

pantalla Còmica

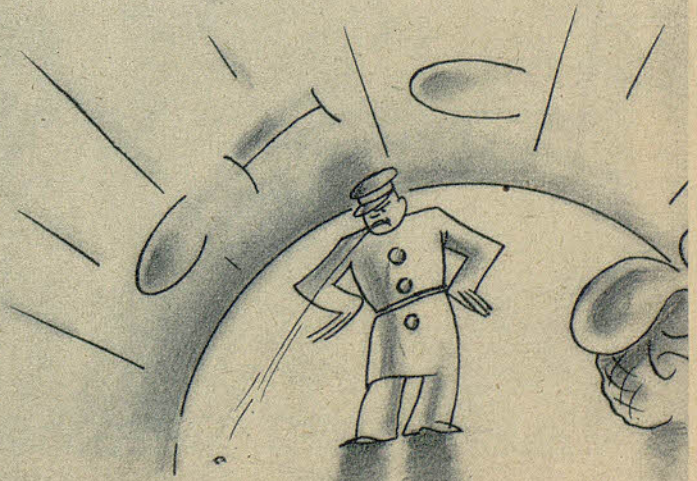
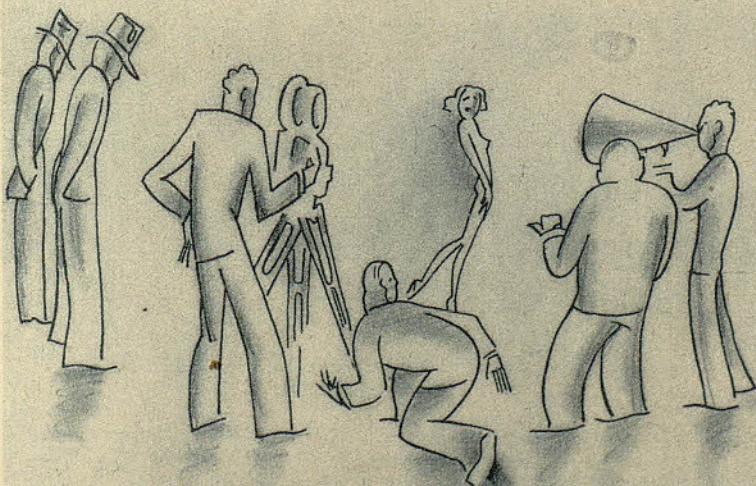
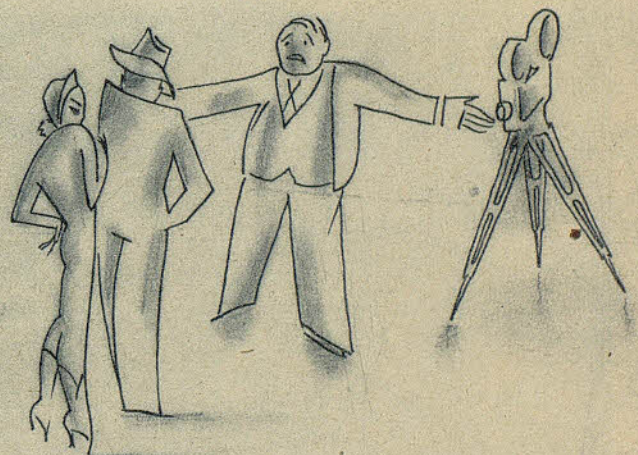
Historieta de tres congresistas tenorios



La idea brotó como un hongo en la cabeza de un primate del C. H. C.: invitar a las tres muchachas más apetitosas del concurso fotogénico para que acudieran a las 12 de la noche al Palacio de Proyecciones, rodar con ellas unos metros de celuloide y luego dejarlas en film. Pero el congresista propone y las fotogénicas disponen. No acudieron a la cita. Sin embargo hubo que pagar al operador. Después de una larga espera, los tres congresistas que habían ideado la juerza, acordaron ir a un music-hall del Paralelo y convencer a tres cupleteras para que se dejaran filmar.



Sólo hallaron dos dispuestas, pero se presentaron con sus novios. Y no hubo manera de rodar como manda la técnica cinematográfica. Total, que a las 4 de la madrugada, hubo que dejarlas en sus casas y que pagar el taxis utilizado en las idas y venidas. Es decir, pagarlo no, porque entre los tres don Juanes sólo reúnan siete reales de vellón mal contados.



LEE XXXI



CARAS BONITAS

**BILLIE
DOVE**

¿Qué, les parece a ustedes exagerado que llamemos bonita a Billie Dove? Si les parece que nos hemos excedido lo retiramos. Pero fíjense bien en ella antes de decidir. Aunque no hará falta, ¿verdad? Billie es guapa porque se puede.

PANTALLAS DE BARCELONA

ESTRENOS

Fémína

La semana pasada tuvo lugar en este salón los estrenos de «Al día siguiente» y «Roba corazones», ambas pertenecientes a las Selecciones Cineaes.

«Al día siguiente» es una producción grotescodramática americana, cuyo asunto, si no es lógico, en cambio es inhumano.

Un marido celoso de su honorabilidad, reconviene a su mujer por sus deferencias hacia otro hombre. Después de una escena violenta, la mujer, sola, en noche tempestuosa, abandona el hogar conyugal para regresar al de sus padres. Lluve a cántaros; nunca pudo aplicarse con mayor propiedad este aforismo, después de presenciar las escenas torrenciales tal mal logradas que integran este film. El auto, a falta de carreteras en el país, se abre paso trabajosamente por entre una selva virgen. Tal parece por los obstáculos que ha de vencer en su marcha. Pero un bache descomunal atasca definitivamente el vehículo, y, ¡oh!, nunca desmentida casualidad cinematográfica, éste queda detenido frente a la casa del causante de la desventura conyugal.

Corre hacia la misma la desolada esposa, y ya en ella, junto con el galán solícito, acuerdan, sin duda para contrarrestar los celos del marido, pasar la noche solos en la misma.

Los celos del consorte se han trocado ahora en ira; pero triste es su sino, porque el argumentista la ha tomado con él y con tal saña, que ya el divorcio le parece poco para conseguir el final feliz que se propone con el triunfo de los dos amantes, y así en la contienda que tiene el esposo con su rival, sueñan dos disparos y muere aquél atravesado por las balas del sheriff (?). Este final, que representa una lección de ética y el triunfo de la justicia, no supo apreciarlo debidamente nuestro público, que si bien rió de buena gana algunos pasajes dramáticos de la película, protestó ostensiblemente al acabar su proyección.

«Roba corazones», que completaba el programa, es una comedia hablada en italiano, que consigue el fin que se propone: entretejer al respetable.

Un banquero, tenorio incorregible, se halla envuelto inopinadamente, por cuestión de faldas, en un «affaire» de joyas. Para salir airoso de su apurada situación, acosado por su mujer, ha de vencer mil trances jocosos que producen la hilaridad apetecida en el público.

Pero la presentación de esta cinta deja mucho que desear. Unos títulos superpuestos explican el diálogo como es corriente en las películas no habladas en español. Pero lo que no es corriente es que las escenas en que la traducción del diálogo va impreso, hayan sido intercaladas aquí a base de contratipos que producen frecuentemente un cambio brusco entre la fotografía original, excelente, y la de los contrastes durísimos y desagradables de aquellas en que los títulos han sido adosados.

Damos por seguro que cualquier otra empresa no habría presentado un film en condiciones tan deplorables, y mucho menos un programa como el que comentamos, indigno de un local de cuarta o quinta categoría. Afortunadamente el público sabe ya a qué atenerse y concurre cada día en menor número a los locales de la empresa que le trata con tal desconsideración.

ESTEVE

“Papá solterón”

MARION DAVIES vive en «Tomy»—la mujercita grácil y deliciosamente traviesa, figura principal del film—las múltiples incidencias y situaciones finalmente cómicas que completan el argumento de «Papá solterón», cinta que se estrenó el lunes, día 12, en el Fémína, precedida del clásico rugido del león de la Metro.

Tras la presentación del lord—solterón recalcitrante y egoísta—en unas escenas plenas de ironía—, surge «Tomy» (Marion Davies), prototipo de la muchachita «siglo xx», atre-

vida e ingenua, alocada, pero desbordante de ternura y bondades, con las que logra hacer claudicar al maduro lord, en el que se despierta un tardío, pero sincero cariño por «Tomy», la primera mujer que estrecha entre sus brazos, sin que un pensamiento impuro turbe su mente. ¡Su hija, la que él cree hija de la mujer que amó! Este detalle es el que da originalidad al argumento y eleva el valor emotivo de las escenas finales, que culminan con un aparatoso capotaje, sin más consecuencias que algunos chichones.

Todo el film es Marion Davies, que luce su simpatía y travesura en todo momento, batiendo el «record» de comicidad.

Muy bien los demás intérpretes. Todos admirablemente compenetrados con los personajes que animan; algunos muy graciosos, como

LAS figuras más bellas y elegantes de nuestro mundo cinematográfico procuran ataviarse lo mejor posible a fin de realzar sus encantos y brillar en todas partes por su belleza y distinción, para conseguir lo cual no vacilan en hacer sus pedidos a la Maison Germaine, Puertaferri, 6, seguras de que esta casa posee los modelos de sombreros que más favorecen el delicado rostro femenino.

el criado que niega siempre—efecto de un movimiento nervioso de la cabeza—, lo que da lugar a escenas divertidísimas; el lord, admirable «Papá solterón», el galán Ralph Forbes, etcétera.

La fotografía, acertada; el diálogo, en inglés, y muy cinematográfico, no le resta dinamismo al film. El rotulado sobre la escena, sobrio e ingenioso.

En suma; el ideal de las casas americanas hecho realidad. Un film que derrama optimismo y alegría, una trama que, por su universalidad, encaja en todos los medios y en todos los países... «Papá solterón» animará en días sucesivos—feliz continuación del de su estreno—la pantalla del Fémína.

A. DESCARBOURA

Cataluña: “¿Conoces a tu mujer?”

BURLA, burlando, entre escenas de comedia y de vodevil, se va deslizado la acción de la obra. Pero comedia moderna, cuya aparente frivolidad entraña un problema social y psicológico de envergadura. Vodevil en el que la situación comprometida y la frase llena de picardía, se estilizan y no rozan nunca lo procaz ni lo burdo.

David Howard ha realizado, por cuenta de la Fox, una excelente producción hablada en nuestro idioma, con artistas auténticamente españoles, como Carmen Larrabetti, que en este film acusa perfectamente la sensibilidad y el talento artístico que le dieron, en el teatro, categoría de primerísima actriz; Rafael Rivelles, ponderado y dueño del gesto y del ade-

Nuestra Portada

Figura en la portada del presente número, una bella actriz alemana: Kathe von Nagy, del elenco de la Ufa. En la contraportada aparece el retrato de un pequeño artista español, del estudio de la Paramount, en Joinville, Pitusín, del que se hacen grandes elogios.

mán; Ana María Custodio, bellísima y deliciosa ingenua; Manuel Arbó, graciosísimo en su papel de marido celoso y un tanto ridículo, y, finalmente, Miguel Ligero, cuya vis cómica ya no es una novedad en la pantalla.

«¿Conoces a tu mujer?» es una película que marca un hito en la producción americana en español.

El público supo apreciar su mérito y la aplaudió largamente, en justicia.

S.

Fantasía: “Rango”

UNA cinta del corte de «Moana», «Baktari» y «Chang», superior, por su montaje, a las citadas. Aquí, el inquieto explorador y director Ernest B. Schoedsak, se ha superado con la ayuda del elemento sonoro.

La vida animal de las selvas de la isla de Sumatra, ha sido recogida minuciosamente y con suma maestría por la lente cinematográfica.

Bellísimos paisajes encuadran la acción, de la que son protagonistas dos naturales del país y dos orangutanes, tigres, panteras, jaguares, un «caribu» y monos.

Abunda «Rango» en escenas plenas de dramatismo y emoción, como la muerte del pequeño orangután «Rango» por un tigre, la lucha de otro con el «caribu» y la huida de los monos a la presencia del rey de la selva.

La fotografía, bellísima.

Una documentaria Paramount llena de interés y plenamente lograda.

G.

Capitol: “Du Barry”

No es ésta la primera vez que ha sido llevada a la pantalla la vida de la famosa cortesana de Francia. Asunto eminentemente cinematográfico por su amplio argumento, acción pletórica y presentación no había pasado inadvertido para algunos promotores.

Pero la versión que nos han presentado los Artistas Asociados, tiene un matiz enteramente distinto. Es lo que en el mundo se llama una obra de «divo». La adaptación ha sido exclusivamente hecha para lucimiento de la estrella. Lo que preocupa al adaptador se advierte; es dar relieve a los momentos que adquieren en la vida inquieta de Du Barry una expresión intensamente pasional. Esto obliga a tratar en forma esquemática el amplio argumento que sirve de fondo a la película y la trabazón episódica se resiente profundamente de ello. El diálogo, preciso y eficiente, contribuye en gran modo a subsanar este lunar, y es de notar que armoniza de tal modo con la acción, que no le resta brío a su emotividad.

Para Norma Talmadge esta producción última no ha de representarle merma de su prestigio. Pero tampoco acrecentará su gloria. En esta clase de obras donde todo se fía al prestigio del «divo», se exige mucho a éste. Conrad Nagel y el resto de los principales intérpretes, la han secundado con discreción.

La presentación, apropiada: fastuosidad y riqueza. La fotografía, excelente.

J. E.

Mathot provoca un gesto de honradez

En Olympia, de París, se proyecta hace meses «La casa de la flecha», film policiaco en el que León Mathot, el creador del inolvidable conde de Montecristo, ha creado un maravilloso y definitivo tipo de detective. Una de estas noches, un acomodador, recogió en un pasillo del local, un broche de brillantes valorado en 80.000 francos. El acomodador se apresuró a poner el objeto en manos del director. Al preguntarle si no había sentido la tentación de quedarse la joya, objetó:

—Cuando la encontré, en la pantalla vi los ojos del policía Mathot y me forzó a ser honrado.



INFORMACIONES



Porqué las prefiero rubias

(Continuación de las págs. 10 y 11)

Había intentado formalmente ser una buena esposa, había estudiado su carácter para serle agradable, había cuidado de su ropa, le había hecho servir los platos que prefería.

«He intentado ser una buena esposa», pensaba, y al mismo tiempo encontraba con un poco de sorpresa que le había sido muy fácil.

Había sido un esposo tan bueno. «Nunca tuvimos ninguna disputa», pensaba ella.

No había habido nada de que discutir, pretextos para disputas, ni diferencias de criterio. El se guardaba sus opiniones y ella no tenía ninguna por su parte. Todo había sido tan agradable; Monty volviendo a casa a menudo con regalos para ella, dándole dinero para comprarse vestidos.

Se preguntaba si había sido remisa en el cumplimiento de sus deberes, si no se había dado cuenta de las cosas, si no había previsto ni evitado la calamidad que le había sucedido.

«No», se decía, «no sé que pudiera haber hecho más.»

Su tranquilidad era perturbada por la imagen de su esposo, extraño, hermético, con una máscara en su rostro que ocultaba sus sentimientos; el miedo comenzó a dominarla. Empezó a trenzar su pelo apresuradamente mirando en torno de la extraña y elegante habitación con nerviosa aprensión.

Se estremeció al mirar a los niños, extinguió el gas y se acostó.

«Mis hijitos», pensaba. «Mis pobres Sharkey y Lilian. ¿Qué será de ellos?»

Se echó a temblar, con un temblor nervioso.

Sintió en toda su extensión su desamparo y por vez primera se le ocurrió que no era justo que ella que tanto los amaba no pudiese hacer nada para ellos.

«Debo confiar en la Providencia!» exclamaba para sí. «Y Roberto se cuidará de ellos. ¡Si al menos no fuesen niñas!», pensaba. «Si fuesen chicos podrían trabajar y ganarse el sustento.»

Se cogía las manos y miraba frente a sí, a la obscuridad. Y de pronto, en su congoja, una idea, la más fantástica, vino a darle consuelo. Se acordó de algo que Roberto había dicho un día mientras cenaban. Dentro cinco años empezará un nuevo siglo, el siglo veinte. «Espero ver cambios muy notables», había añadido.

«¡Oh, quíerale Dios!» murmuró. «¡Que cambien las cosas para mis hijitas!»



DECIDIDAMENTE, estos viajeitos rápidos a España no me sientan bien. Y es que «el marino sólo se acuerda de Santa Bárbara cuando truena», lo que en mi caso significa que la falta de sol y de calor sólo la siento, pero con fuerza, cada vez que, de España, regreso a Berlín. Afortunadamente, mi temperamento se ha asimilado ya a todos los climas del mundo, y en todos los países me encuentro como en mi propia casa. Hago

esta declaración a riesgo de que se me tache de «extranjizado». No sería la primera vez. Ni será la última. Pero ello me tiene sin cuidado. Pues guardo con extremada delicadeza, allá en el fondo de mi alma, una ternura infinita hacia nuestra privilegiada tierra española, con lo que quiero decir que sigo siendo tan español, o más aún tal vez, que todos aquellos que me califican de «extranjero». Y tal vez las circunstancias me permitan probarlo muy en breve. El hecho de que yo prefiera vivir en el extranjero es únicamente una cuestión de gusto y también, tal vez, una necesidad espiritual. Pero esto me concierne, a mí, exclusivamente, y forma parte integral de mi vida privada.

Dicho esto, a guisa de prólogo, y repitiendo mis cariñosos saludos desde este frío Berlín a mis buenos amigos de POPULAR FILM a quienes he tenido el placer de estrechar las manos recientemente, hago punto final.

Una ráfaga de estrenos ha sido el anuncio de la temporada cinematográfica, ya en pleno apogeo.

Siguen predominando, como apunté en mi crónica anterior, los asuntos cómicos.

¿Qué el público quiere reír, para distraer su espíritu de la penosa existencia de nuestros días en Alemania? ¡Lo comprendo! Pero no hay que olvidar que el abuso es también un mal.

Cierto que las últimas producciones cómicas estrenadas son, en su gran mayoría, aciertos. Sobre todo las de la Ufa, que han obtenido un éxito franco.

Pero tampoco hay que olvidar que los asuntos serios y de verdadero valor artístico son una necesidad perentoria para el mantenimiento del nivel del film parlante. El público los acoge con cariño.

Aquí tenemos, como prueba, la película de Luis Trenker, «Montes en llamas», estrenada con ruidoso éxito en el Ufa-Palast am Zoo, cuya acción se desarrolla en los Alpes del Tirolo. Trabajar con el micrófono a más de 3.000 metros de altura; en medio de las nieves eternas y de un frío intenso, no es juego de niños. Los exteriores de esta cinta—y casi toda ella lo son—son de una belleza imponente, salvaje, una belleza que arranca gritos ahogados de entusiasmo.

Otra película de los Alpes se anuncia para muy en breve, «Los diablos blancos», con Leni Riefenstahl como protagonista y dirigida por el doctor Fanck.

Y, por último, la casa productora bávara, Leo-Film, de Munich, ha estrenado una producción soberbia, «La montaña movediza», que ha obtenido una excelente acogida.

Las demás cintas son, como más arriba apunto, juguetes cómicos muy acertados y bien hilvanados, pero sin pretensiones artísticas. Ello no impide que sus fabricantes estén realizando excelentes negocios, viéndose los cines atestados de público. Los actores cómicos alemanes están de enhorabuena y ganan más de lo que hubieran podido soñar. Félix Bressart, Siegfried Arno, Ralph Arthur Roberts, Szöke Szakall son los «espadas» de este género de producción.

La palma de los éxitos se la ha llevado, como era de esperar, la grandiosa película rusa «El camino de la vida», interpretada por individuos anónimos, no por artistas. Bien es verdad que estos «anónimos» de la muchedumbre soviética están muy por encima de muchos artistas, por su naturalidad sin disfraz y su expresión de una realidad inmaculada.

La Ufa acaba de obtener un triunfo ruidoso con el estreno, en la Scala, de Viena, de su grandiosa producción «Baila el Congreso», que ha constituido un verdadero acontecimiento artístico. Eric Charell, su realizador, ha sido aclamado, así como el jefe de producción Eric Pommer y los intérpretes. En Berlín se espera su estreno con la mayor ansiedad.

ARMAND GUERRA

Berlín, 6 octubre 1931.

sin canas rápidamente con la novísima preparación científica

AGUA COLONIA MISTERIOSA



La Florida S.A.
APARTADO 239
Barcelona (España)

quita la caspa y evita su caída



Tintura Marthand

De positivos y rápidos resultados



Tiñe las CANAS con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña, 4 ptas. - Caja grande, 6 ptas.

DE VENTA EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

EL PASADO ACUSA

Film Columbia Pictures.-Novelización de Mary M. Spaulding.

(Continuación)

amante de Matilde—. Yo no conozco hoteles allí... He olvidado sus nombres...

—Pues yo tampoco conozco ninguno—dijo Matilde levantándose de su silla—; pero he oído decir que en Filadelfia hay un «gran» hotel... Su voz fué enfática al pronunciar la palabra «gran». Palmer sonrió. —Gracias, Matilde. Trataré de recordar que existe un gran hotel allí... Eres una perla, chica; nunca hablas, nunca dices nada... Hasta luego... El pobre Pagano mordía desesperado la servilleta. Jamás hubiera sospechado que Matilde podía hacer semejante cosa con tan marcada calma...

La joven se acercó al detective al momento de éste abrir la puerta. —Y dime, «teniente»—dijo recalcando el tono en la última frase—. ¿Qué me dices de Eva?... ¿Estás aún interesado en buscarla?... Los ojos del sabueso se alzaron inocentemente, y fijando en la joven una mirada sin expresión, repuso: —¿Eva?... ¿De quién me hablas? Yo jamás he oído ese nombre ni sé de quién se trata... Ahora, hasta la vista, Matilde..., y gracias por... ¡la taza de café...

La puerta se cerró brusca. Matilde se volvió a Pagano sonriendo levemente, mientras el italiano, rojo ahora por la ira, juraba por la Madonna e invocaba a cuanto santo recordaba de su vieja Italia... —¿Qué has hecho, desventurada, qué has hecho?—gritaba exasperado el pobre hombre—. Y una voz temblorosa por la emoción, repetía a espaldas de la pareja: —Sí, Matilde, por Dios, ¿qué has hecho?... Era Eva que, livida por la angustia, había escuchado paralizada de terror la conversación de su amiga.

Matilde se volvió rápida. Dió dos pasos hacia atrás. Envolvió en una mirada de ternura a su joven amiga, y suspirando levemente, repuso: —Yo he hecho la mejor acción de mi vida. He tratado de asegurar tu felicidad, chiquilla. Ahora, vete. Tu puesto está en casa de tu marido, y olvida que has conocido a los Pagano y a Morán. ¡Vete y sé feliz!...

V

Efectivamente el hotel «Grand» era un «gran» hotel... como la inteligente amante de Pagano había asegurado al detective Palmer.



MANOS DE PRINCESA
EN OTROS TIEMPOS!

Hoy manos de la
dama que al com-
prar un preparado
para las uñas, exige el

ESMALTE
ROSINA

En cinco tonos:
Blanco, Rosa, Rojo, Gra-
nate y Coral. Pts. 2'00
Nácar (Novedad) » 4'00

Se vende en las mejores Perfumerías

UNITAS, S. A.

Librería, 23 - BARCELONA

Allí encontró éste al peligroso aventurero, protegido por su falso nombre.

La captura de Carlos Morán dió motivo a los periódicos para grandes titulares. Cuando Eva leyó aquellas líneas, su corazón latió con fuerza. ¡Si el bandido, creyendo que ella lo había vendido, hablaba y mencionaba su nombre..., si decía las relaciones que la habían ligado a ella, estaba perdida!... La gloriosa felicidad de la joven estaba empañada por la angustia de la incertidumbre. Hasta el momento de abandonar New York, dejando atrás aquel pasado horrible, no viviría con tranquilidad. A la vuelta ya todo habría pasado. El nombre de Eva Stanton, casada con el joven millonario, no podría ser conectado con el de Eva Miller, ex amante de Carlos Morán... Pero el viaje demoraba y la angustia de la joven crecía. Había transcurrido más de un mes desde que se uniera en matrimonio a Roberto, y los primeros indicios de la maternidad traían a su alma nuevos y complicados sentimientos. ¡Iba a ser madre!... ¡Tendría un hijo de ella y de Roberto, un hijo del amor! ¡La suprema esperanza y la más completa y dulce realización!... ¡Y Eva se rebelaba ante la idea de engañar al hombre amado, al padre de su hijo!

¡No podría dejar que viniese al mundo aquel hijo sin hacerle una completa confesión a Roberto de sus yerros pasados! ¡Y ante la duda que martirizaba su espíritu, Eva demoraba en darle a Roberto la noticia de aquella paternidad que lo haría tan feliz!...

Desesperada se fué a ver a su amiga Matilde, y entre sollozos le contó su incertidumbre: —Es preciso que se lo cuente todo..., ¡todo! No puedo seguir engañándole... Roberto debe saber mi pasado y perdonarme para que mi hijo nazca de una mujer santificada y no culpable...

En silencio Matilde la escuchó, y cuando la joven hubo terminado le tomó una mano y con la severidad tierna de una madre, le habló: —Eres una loca, Eva. Roberto no te preguntó tu pasado. Tú tampoco a él. Aquel pasado no existe. Comenzaste tu vida al unírte a Roberto. Tú no conoces a los hombres, Eva. Si ahora le dijese toda la verdad a tu marido, destruirías tu felicidad y la suya. Los hombres prefieren la ignorancia, aunque digan lo contrario, que a saber verdades amargas que ofenden a su orgullo varonil... Tienes el deber de luchar contra esos escrúpulos infantiles, por ti, por tu marido y por tu hijo... Vete a Europa... A tu regreso, nadie se acordará de Morán, y tú tendrás una criatura en tus brazos para olvidar los días que pasaste a su lado... Ahora, chiquilla, vete y no vuelvas aquí tampoco. Yo te quiero mucho, pero mi casa no tiene buena reputación. Yo soy parte de ese pasado que necesitas enterrar... Dime adiós y comienza tu vida clara y sin sombras... Y corre a darle a tu marido la noticia que debió saber antes que nadie—. Sollozando las dos jóvenes se separaron. Las frases de Matilde tenían siempre el poder de llevar la paz al ánimo de Eva.

Sí, su amiga tenía razón. Era preciso que jamás destruyera la fe de Roberto con aquella revelación tardía..., y la joven salió del restaurante Pagano con un rostro radiante de felicidad.

En la acera le hizo señas a un taxímetro y penetró en él. Pero antes de que se hubiese cerrado la portezuela, un hombre envuelto en un abrigo y con la gorra calada hasta los ojos, penetró en el mismo, y tomó asiento a su lado. Eva dió un grito: había reconocido a uno de los amigos y secuaces de Carlos Morán.

Dominando su miedo, Eva lo increpó duramente. —¿Qué hace usted aquí? Baje en seguida o llamo a un policía...

El hombre rió. Su risa, fría y sarcástica, heló la sangre en las venas de la infortunada. —¿Llamar a un policía?... ¡Vamos, Eva Mi-

ller! De seguro que no lo harás. No querrás que se entere que la ex amante de Morán y la esposa del joven banquero son una misma persona, ¿verdad?... Y viendo el temblor de la joven, añadió, dirigiéndose al chauffeur: —Llévenos a la prisión del Estado.

Eva protestó débilmente. Pero fué inútil. La joven sabía que estaba en poder de sus enemigos y que toda resistencia agravaría su situación... Si no eres razonable y vienes conmigo para ver a Carlos, le había dicho este hombre siniestro que estaba a su lado, no podrás ir a Europa, porque supongo que no querrás hacer un viaje de viuda... Acababa de amenazar a Roberto... Eva comprendió el alcance siniestro de aquellas palabras, y llena de espanto asintió: —Está bien. Iré...

Al llegar a la cárcel, Eva pasó hasta la prisión donde estaba Morán. Con la barba crecida, pálido y los ojos brillantes de ferocidad, su ex amante se acercó a las gruesas rejas. —¡Ah!, con que viniste, ¿eh?... Ya veo que no eras tan inocente como parecías. Me delataste para casarte con el otro. Me has burlado y burlado al imbécil de tu marido; pero no reírás largo rato. Mis amigos tienen instrucciones...

—¡Yo no te delaté!—gritó la joven—. Yo nada dije. En cuanto a engañarte, bien claro te dije antes de tu partida, que no te amaba y quería dejarte. Yo no hubiese permanecido un día más a tu lado, pero jamás te hubiese delatado...

El bandido la miró largamente. Entonces —dijo—eso quiere decir que aún eres mi amiga. Entonces tienes que ayudarme...

—¿Qué quieres que haga?—gimió la joven.

—Quiero que vayas al banquillo de los testigos el día que se vea la causa, y que jures que yo pasé «toda la noche contigo» la noche que asesinaron a Sanders... ¿Entiendes?... «¡Toda la noche!»

—No, no—gritó Eva—. ¡Eso jamás, jamás! ¡No lo haré, suceda lo que suceda! Y, valerosa, de pronto se acercó a las barras: —Escúchame, Carlos. Si los jueces no pueden probar que mataste a Sanders, no pueden condenarte; pero si me llevan por tu causa al

En el mes de OCTUBRE

notará Ud. que le cae más cantidad de cabello.

Evítelo usando diariamente la especial

Rhum Quinquina

May-Wel

(TABACO)

Higiene del cabello. Preparación para evitar su caída. Mata la caspa y fortalece las raíces del cabello rápidamente.

Frasco de litro: Pesetas 8,25
Frasco de 1/2 litro: Pesetas 4,70
Frasco de 300 gramos: Pesetas 3,65

(Impuesto incluido)

Venta en Perfumerías

Si no lo halla en su localidad o perfumista, pídalo a

J. OLIVER - Coriés, 569 - Barcelona
Teléfono 34526

banquillo de los testigos, si me mezclas en esto, entonces yo probaré que preparaste una coartada, que fuiste tú el asesino, y de ese modo irás a la silla eléctrica.

Carlos palideció. — ¡Calla, calla!... ¡Te pueden oír!... ¡Me acabarás de perder!... ¡Ya me las pagarás! ¡Ten cuidado, Eva!...

La joven salió. Su corazón se había aligerado. Dentro de un par de días se alejaría de toda aquella sórdida trama, en la cual parecía que iba a verse enredada a cada momento.

Absorbida por sus pensamientos, no se dio cuenta de que un par de reporteros, cámara al brazo, acababan de tomar su fotografía al abandonar la prisión. El pasado extendía sus inexorables tentáculos...

Aquella tarde, al presentarse como de costumbre en la lujosa sala de la casa, un espectáculo inolvidable se presentó a sus ojos. El adusto banquero, severo y rojo de ira se paseaba por la sala. La señora Robinson, que tan buena había sido con ella, permanecía en un sofá, con la cabeza baja, sin atreverse a mirarla... Roberto, de espaldas, recostado en una ventana, miraba hacia la calle. Y en las manos del padre se balanceaba siniestro un periódico. Eva tembló. Era el castillo de sus sueños que se desplomaba de pronto. Humildemente se sentó en el borde de una silla y esperó.

Roberto se volvió y fijó sus ojos en los que había más compasión que acusación, en su mujer... Se acercó a la joven y comenzaba a murmurar algunas frases, cuando el padre se acercó violento: —Deja que yo la interrogué. Esto me corresponde a mí. ¿Qué tiene usted que decir acerca de esto?... Y mostraba a la joven el rotativo en cuya primera plana estaba su fotografía, encima de la cual, en monstruosas letras se leía lo siguiente: «Eva Miller, la amante de Morán, el presunto asesino de Sanders, visita a éste en la prisión»... —Responda—gritó exasperado el banquero—. De modo que nos engañó a todos. Se metió como una vulgar ladrona de fortuna y nombre en nuestro hogar...

—Por favor, papá—intercedió Roberto—. Déjame que yo la interrogué; al fin es mi mujer y yo tengo el deber de protegerla contra todos.

—¿Protegerla?... ¿Qué sabes tú de ella?... Es una aventurera. Te dijo que se llamaba Eva Stanton, y resulta que es Miller. Una perdida... Ha llenado de lodo tu nombre y debes arrojarla de esta casa.

Piadosa, la madre, se acercó. —Querido—dijo con su voz sedante, poniendo una mano sobre el ancho hombro del marido—. Eres demasiado duro... ¿Por qué no dejas que se explique? Roberto tiene razón... Quizás es el único que debe interrogarla—. Y miraba con lástima y ternura a la infeliz acusada...

Peró el grave banquero para quien el honor y el nombre significaban más que todos los sentimientos cristianos de su esposa, sacudió

la cabeza resuelto. —No. Roberto escogerá entre ella y sus padres. ¡Su hogar, todo! ¡Es una perdida, una embustera!...

Roberto se acercó a la esposa culpable. Sus brazos hicieron un movimiento de protección, pero Eva, levantándose de pronto, habló serena y resuelta: —Tu padre tiene razón, Roberto. Os he engañado y merezco sus palabras. Yo creí que podía regenerarme, que tenía derecho a ser feliz. Pero el pasado no perdona. Lo único cierto es que te amé. Que has sido el primero y único hombre a quien he amado. Yo quise hacerte feliz y fracasé. Tu puesto está con los tuyos. Perdóname, Roberto... ¡Adiós!... Y antes de que el joven pudiese detenerla, la puerta se abrió y Eva salió bruscamente de la estancia. El banquero detuvo al joven que intentó seguirla. —No, Roberto, hijo mío, déjala, no es digna de tí... Tú embarcarás solo para Europa, y París te hará olvidar este mal sueño. Allí te esperan la libertad y el olvido. Te lo exijo, te lo ruego, hijo mío...

En un rincón, la señora Robinson sollozaba quietamente. Sus labios maternales murmuraban una oración y rogaban al Padre Eterno que cuidara de la pobre oveja descarriada...

VI

Había transcurrido un año desde que Eva Miller saliera de la casa de sus suegros con el pesado fardo de su desgracia y la pérdida de sus más caros sueños.

Valientemente le hizo frente a la vida. No por ella, sino por el ser que latía débilmente en su seno... Fué una triste y trágica prueba la de encontrar trabajo para sostenerse. Su mismo estado la hacía sospechosa en muchas casas donde fué a buscar ocupación. Por fin, cuando su hijo vino al mundo, Matilde y Pagano, que tras incesante búsqueda dieron con la joven, atendieron noblemente a que nada faltase a la pobre madre. Cuando Eva abandonó el Hospital, su sorpresa no tuvo límites: en casa de Matilde la esperaba un modesto, pero bien equipado apartamentito, donde no faltaba la cuna para su pequeño Roberto...

Y para que la joven madre no viviera atormentada con la idea de ser gravosa a sus amigos, Pagano le dió un empleo como cajera del restaurante. Tranquila, si no feliz, vivía Eva... Pero muchas veces Matilde la sorprendió llorando sobre la rubia cabecita de la inocente criatura. Aquellas lágrimas quemaban el buen corazón de la amante de Pagano. Matilde no tendría grandes nociones de moral, pero su corazón era tierno y comprensivo... Era sentimental y delicada por instinto. Comprendía que la única cura para Eva era volver al lado de Roberto y, por fin, un día Matilde se determinó a dar el paso definitivo...

Se presentó en la mansión de los Robinson, y bajo cualquier pretexto fútil pidió ver a la señora de la casa. Cuando estuvo en presencia de la respetable matrona, Matilde sintió que su valor la abandonaba, pero haciendo un es-

fuerzo y diciéndose mentalmente que se trataba de Eva, abordó el asunto:

—Señora Robinson; mi nombre nada le diría, pero en cambio yo conozco el suyo. He venido a decirle que es usted abuela y que...

Ante esta brusca acometida, la madre de Roberto abrió los ojos con sorpresa. —No la entiendo, señorita; quiere usted explicarse...

Todo el coraje de Matilde volvió ante el tono amable, aunque un poco severo, de la elegante dama.

—Pues es bien claro, señora. Ustedes, los que viven en el lujo y que jamás han tenido que luchar duramente con la vida, no pueden entender ciertas cosas. Como el sufrimiento de los que nada poseen, no saben perdonar las caídas... El dinero los hace egoístas y duros... Su hijo, señora—siguió Matilde—, tenía el deber de amparar a su mujer, una infeliz que se había regenerado por su amor, ¿y qué hizo? Se fué a París para olvidar en el lujo su dolor, mientras que ella sola, abandonada de todos, trae un hijo al mundo y lucha bravamente para sostenerlo... Mientras ustedes se sientan cada día a la mesa, rodeados de lujos, no piensan que una infeliz que les ha dado un ser de carne y sangre de la vuestra, se abate ante la desgracia y quizás muere de hambre... Vosotros hacéis la caridad para vuestro beneficio social. Pero cuando se trata de perdonar una falta, de hacer la caridad espiritual, os tapáis los ojos y los oídos... Hablo de Eva, señora, la mujer de vuestro hijo, la madre de vuestro nieto...

La señora Robinson se acercó a la joven. En sus ojos brillaban algunas lágrimas, pero quiso aún mostrarse severa, y dando a sus palabras una fría entonación, repuso: —Nada queremos saber de ella porque nos engañó, empañando la felicidad de nuestro hijo. Pero si ella la ha mandado a usted por dinero..., si necesita algo...

Indignada, Matilde tomó violentamente un brazo de la matrona. —¡Mandarme Eva!... ¡Qué insolencia, señora! Sepa usted que Eva jamás me perdonaría si supiera el paso que acabo de dar. Eva es orgullosa y jamás se quejaría. Tiene más valor que todos ustedes juntos. Si usted la viera cómo trabaja para sostener a su hijo, sentiría vergüenza. Yo he venido de mi propia voluntad porque sé que ustedes tienen el deber de ayudarla. Y de conocer la verdad. Cuando Eva vino a esta ciudad era muy joven y huérfana... Vino a trabajar. Nos conocimos por ser del mismo pueblecito, e íbamos. Yo, señora, soy una mala cabeza. Vivo con Pagano, un italiano que tiene un restaurante de no muy buena reputación, pero le ofrecí cuanto tenía a Eva y fué en mi casa donde conoció a Carlos Morán. Su juventud, su inocencia, su misma ignorancia de la vida, la arrojó en los brazos del aventurero. Fué el primero y el único... Cuando conoció a su hijo, antes de aceptar su mano ya había roto sus relaciones con Morán..., y si nada le dijo a Roberto, fué porque temía perderlo... Ella tenía el derecho de ser feliz, ¿verdad? Pero, no. Ustedes no pueden comprender. Es preciso haber sufrido mucho para poderlo hacer...

La señora Robinson se secaba furtivamente las lágrimas. Con voz dulce preguntó: —¿Dónde está Eva? Deme la dirección e iré a verla... Quiero ver a mi nieto—añadió con ternura.

Aquella tarde, cuando la señora Robinson se presentó en su departamento, Eva Miller no volvía en sí de su sorpresa. Cuando la buena señora le pidió de dejarle ver al niño, Eva tuvo un instante de duda, pero era natural que quisiera ver a su nieto, y en puntillas, ambas mujeres penetraron en la estancia donde la criatura dormía...

En la cuna blanquísima, reposaba el rosado capullo. Dulcemente la abuela se inclinó. Sus ojos se llenaron de lágrimas de infinita ternura, y después de besar suavemente al hijo de su hijo, se volvió a la joven madre:

—Salgamos para no despertarlo, Eva. Quiero hablar contigo...

En el cuarto inmediato, ambas se sentaron. Con timidez la madre de Roberto hizo la proposición: —Eva, déjame criar al niño, educarlo, darle un hogar propio y digno del nombre que lleva—. Y explicó con entusiasmo las ventajas que tendría aquel sacrificio. Pero

(Continuará)



—Iremos juntas y te pondré en antecedentes del ob-
—Me caracterizaré.
cocota «chic».
sencillez. Eres una mundana de Montmartre, no una
—Esta misma noche. Tienes que vestirme con más
za mi actuación?
minarlo sin someterme a su capricho. ¿Cuándo empie-
—Vamos, no te pongas así. Haré lo posible por do-
que seas mi colaboradora en este asunto.
—¡No, no, Fresia; me opongo terminantemente a
co que aquí importa.
—Gracias, amiga mía; pero tu empresa es lo úni-
que lleves tu sacrificio a ese extremo.
a tanto. Y prefiero que la empresa se malogre, antes de
—¡Eso de ningún modo! Eres lista para no llegar
Esta protestó:
movió a la danzarina.
vez, Olga!—exclamó con tristísimo acento que con-
en sus brazos; si no sucumbiré. ¡No sería la primera
—Cuento con ello. Si puedo, me salvaré de caer
vires.
—Ten en cuenta que puede exigir de ti ciertos fa-
ese tipo.
—Entendido; haré los imposibles por enamorar a
parezca.
hará lo que tú quieras, por absurdo y peligroso que le
J U A N D E E S P A Ñ A

L A V E N U S R O J A

La danzarina se echó a reír. Y abrazándola, co-
mentó:

—¡Tonta! ¿Y por qué te vas a arrepentir de tu-
tearme? ¿Hay algo más hermoso que dejar en libertad
a nuestros sentimientos? ¿Por qué sujetarlos a un ri-
dículo e hipócrita formulismo social? Me has dicho:
«¡Cuán buena eres!», y eso suena bien en mis oídos.
Pero al decirlo revelas tu propia bondad y esto me ale-
gra más todavía.

El jardinero cruzó en aquel instante. Y viéndolas
abrazadas y llorando—porque la escena emocionó a las
dos—hizo un guiño picaresco y se alejó llevándose el
índice a la sien como queriendo indicar que estaban
locas.

★ ★

Vera sirvió la mesa.

Ignoraba el plan de Olga Vertoff y parecía un poco
inquieta al ver allí a la embajadora y oír cómo se tu-
teaba con la bailarina.

Para la doncella no tenía explicación lógica nada de
cuanto veía y oía. Desconfiaba aún de Fresia y estaba
deseando decirle a Olga que acaso aquella mujer pen-
saba en asesinarla.

Vera, aunque inteligente, era supersticiosa y des-
confiada. Su cariño por la Venus la hacía siempre te-
mer una asechanza. A Olga le bastó mirar un momento

L A V E N U S R O J A
jeto que tiene atraerse a ese Príncipe bailarín y cre-
tino.
—No hace falta que yo sepa nada más.
—Es necesario—afirmó Olga.
—Bueno, como quieras.
Y así terminó la interesante conversación entre la
Venus Roja y la linda inglesa.

J U A N D E E S P A Ñ A

El Príncipe Alejandro estaba al otro extremo del
cabaret, bebiendo con tres o cuatro tipos más, de es-
paldas al sitio ocupado por las dos amigas.

La Venus señaló discretamente al Príncipe, dicién-
dole a Fresia:

—Ese es.

—No te ha visto—apuntó la inglesa.

—No, pero aunque me vea, como es vanidoso y no
le gusto, es posible que ni siquiera me haga caso.

—¡Qué idiota!

—¿Por qué?—inquirió Olga riendo.

—Porque para verte a ti y no adorarte, hace falta
ser un perfecto imbécil.

La orquesta tocó otra pieza y observaron cómo el
príncipe bailarín se levantó de donde estaba, mirando
a uno y otro lado de la sala como quien busca pareja.
Su mirada se posó sobre las dos amigas. El Príncipe
Alejandro se dirigió sonriendo a la mesa donde se ha-
llaban Olga y Fresia. Ya antes, le dijo a la primera:

—Buenas noches, pequeña. ¿No me presentas a tu
amiga?

—¿Por qué no?—replicó la Venus riendo. Y a con-
tinuación:

—Mi amiga Lulú, el Príncipe Alejandro.

Se saludaron.

—¡Bonita muchacha!—exclamó el bailarín devo-
rando a Fresia con los ojos.

—Espero que tú le gustes más que yo. Si lo logras
—Y quieres que yo...—insinuó Fresia.
so. Y de una vanidad más ridícula por más exagerada.
cipe. No le interesé. Es fatuo, enamorado y ambicio-
anoche, como te digo, y no conseguí atraerme al Prin-
tocracia del hampa y de la bohemia parisinas. Estuve
podríamos llamar, para dulcificar la expresión, la aris-
che y es un lugar infecto al que sólo concurre lo que
marite titulado la «Estrella de Oro». Estuve en él ano-
jando, que actúa como bailarín en un cabaret de Mont-
—Me interesa manejar a mi antojo al príncipe Ale-
La Venus tomó un sorbo de café y prosiguió:
—Bien, pues adelante.

ordenes.
sin exigirte ninguna clase de explicaciones, lo que me
bien, y esto lo juzgo más que suficiente para hacer,
tus propósitos no pueden ir encaminados sino hacia el
intriga, te repito que lo acepto. Yo sé que en el fondo
comprometido que sea el papel que me reserves en tu
—Basta de preámbulos, querida. Por desairado y
en ti.
aminorará ni mi afecto ni la confianza que he puesto
intervenir en este asunto, segura de que tu actitud no
mujer, y te dejo, además, en completa libertad de no
en mis propósitos nada que pueda herir tu dignidad de
—Antes de exponerte mi idea, te ruego que no veas

L A V E N U S R O J A

J U A N D E E S P A Ñ A

a los ojos de su doncella para adivinar lo que pensaba.
Y se propuso aprovechar cualquier momento para tran-
quilizarla.

Cuando Vera sirvió los postres, la bailarina se le-
vantó y dijo a su amiga:

—Voy yo misma, un momento, a preparar el café.
No me gusta cómo lo hace mi doncella. Vuelvo en se-
guida.

Salió seguida de Vera. En la cocina, le explicó su
plan y la regañó por lo mal que pensaba respecto a
Fresia.

—Es una mujer encantadora, que rebosa bondad.
Es necesario ser tan torpe como tú para no verla.

—¡Hum! Yo no confiaría tanto en ella—masculló
la doncella.

—¡Ea, se acabó Vera! A Fresia la has de querer
como a mí misma. Se lo merece y yo lo deseo. Y ahora
cambia ese rostro sombrío por otro más alegre y opti-
mista y a servirnos el café. Después nos dejarás solas.

Dicho esto, Olga, volvió a reunirse con su amiga.

★ ★

Mientras saboreaba el café, Olga le dijo a Fresia:

—Hablemos ahora de mi plan, que exige, por tu
parte, un gran sacrificio.

—No importa, cuenta conmigo—contestó la bella
inglesa.

IX

Olga y Fresia se presentaron hacia las dos de la
madrugada en la «Estrella de Oro».

Humo, rumor de conversaciones, ruido de copas,
música canalla.

En el centro de la sala bailaban varias parejas un
tango apache.

—¿Qué te parece todo esto?—inquirió la Venus.

—Muy pintoresco—repuso la inglesa.

Se sentaron a una mesa mugrienta de madera. Pi-
dieron pernod, encendiendo unos cigarrillos de tabaco
rubio.

Olga vestía de rojo, Fresia de negro; las dos con
suma sencillez. Se habían agrandado las ojeras a pro-
pósito para dar la impresión de mujeres que llevan
mala vida. Y estaban, las dos, más bonitas que nunca.

Olga, quebradiza y alada; Fresia, más en sazón,
más carnosa y apetitosa.

**Laboratorio Técnico
Cinematográfico**

R. Soler y F. Oliver

Mallorca, 209 : Teléf. 73231

Barcelona

★

Laboratorio de Especialidades Técnicas Cinematográficas Patentadas

¡Editores! Novísimo procedimiento para la edición de películas en color transparente, sin colorantes ni gelatinas bicromatadas. Obtención de las medias tintas. Reproducción exacta de los colores del original. Sección especial para el tiraje de títulos en color. Grandes fantasías de sorprendente novedad.

Acetificación de las películas. De aplicación a las copias ya impresionadas, ya sean nuevas o usadas, por el cual quedan protegidas las emulsiones o gelatinas, evitándose las rayas con una superduración en un 75 por %, como minimum. Se obtiene mayor elasticidad, transparencia y brillantez fotográfica permanente, una mayor resistencia a la acción del arco por transformarse la emulsión en ininflamable, inalterable al contacto del agua, etc. Sección especial para el **TECNICOLOR**.

Pulido químico del celuloide. Se eliminan las rayas por la parte del celuloide y en las que de nuevas se trataron por el procedimiento de **ACETIFICACION**, se eliminan por ambas caras, quedando en estado nuevo, sin rebajar el grueso del celuloide.

Las copias picadas en 1.º, 2.º y 3.º grado, si no falta celuloide, se sueldan sus cortes, quedando en perfecto estado de explotación para obtener un mayor rendimiento de alquileres y prevenir su precipitada destrucción.

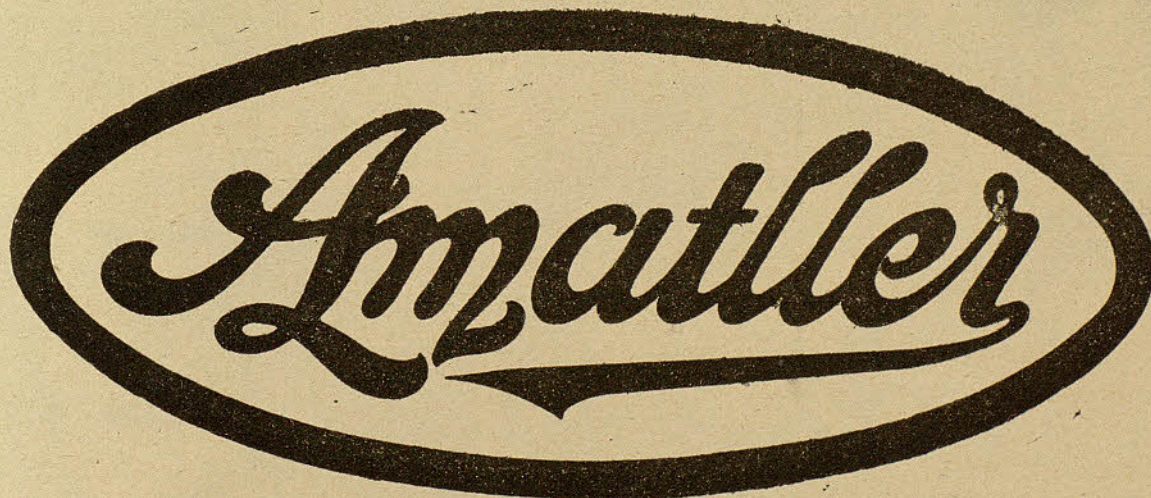
Copias aceitadas. Por procedimiento mecánico, se elimina cualquier clase y cantidad de aceite depositado en las copias, quedando absolutamente limpia y transparente su fotografía y celuloide.

Solicite
pruebas
y
condiciones

★

Se hacen ensayos
gratuitos en su
propio material

Chocolates



Casa fundada en 1800

***Chocolates de tipo familiar, puro, con almendra, con leche,
de gusto francés, Caracas***

Depósito central: Manresa, 4 y 6 - Barcelona

